

**LOS ESPÍRITUS ANDAN SUELtos
DE
LUIS ENRIQUE OSORIO**

Comedia en tres actos

Estrena en el Teatro Municipal de Bogotá, Colombia, por la Compañía Bogotana de Comedias en julio de 1947. - Reestrenada en Stanford University, California, en inglés y español, por el grupo de los Anglo-Spanish Players, en 1958.

PERSONAJES; por orden de entrada a escena:

ARCANGEL, director del centro espiritista	50 años
GREGORIA, su sirvienta	45
DON JOSE, médium vidente	60
MARUCHA, hija del director	10
FILEMON, un amigo	40
NUBIA	25
CHELO, espiritista exótico	30
HORTENSIA, solterona efusiva	50, que quisieran ser 30
CUPERTINO, español típico	50
ANGELICA, médium parlante	30

Acción en Bogotá, época actual.

ACTO PRIMERO

Sala confortable.

La puerta del fondo conduce a la calle; la de la derecha, al estudio; la de la izquierda, al servicio y las alcobas.

Al levantarse el telón, ARCANGEL, sano y apacible cincuentón, se halla leyendo. Oyese un grito de mujer y él se levanta asustado.

GREGORIA, la sirvienta, mujer cuarentona pero atractiva, entra aterrorizada.

ARCANGEL. – ¿Qué fue?... ¿Qué fue?

GREGORIA. – ¡Que me agarraron!

ARCANGEL. – ¡Nervios!

GREGORIA. – No, don Arcángel. ¡Me agarraron en el pasadizo!

ARCANGEL. – ¿De dónde te agarraron?

GREGORIA. – De las enaguas. Yo volví a mirar y no había nadie.

ARCANGEL. – Te enredarías en algo.

GREGORIA. – No, don Arcángel... ¡Y ya van dos veces!... ¡Es que aquí los espíritus andan sueltos! Y aunque yo no me meto con ellos, no me dejan en paz. A todas horas tengo que estar haciendo la señal de la cruz.

ARCANGEL. – Veamos... ¿Dónde fue ese atraco?

GREGORIA. – Frente a la puerta chiquita.

ARCANGEL. – (*Asomándose*). ¡Pero qué boba! ¿No ves quien está echado ahí?

GREGORIA. – ¡Benditas ánimas!

ARCANGELA. – Asómate y veras. ¡El gato!... Ya sabes que él tiene la costumbre de agarrar al que pasa.

GREGORIA. – ¡Ay, qué hago yo!

ARCANGEL. – ¡Dominar esos nervios!

GREGORIA. – ¡Ojalá pudiera! Desde que andan con esa manía de llamar a los muertos, no tengo vida... Yo iba a decirle, don Arcángel...

ARCANGEL. – Lo mismo de ayer: que quieres irte...

GREGORIA. – Don Arcángel es dueño de hacer en su casa lo que le provoque... que para eso es su casa... y yo de usted no tengo queja; pero... (*Lloriqueando*)... es mejor que busque sirvienta.

ARCANGEL. – Tú no puedes dejarme solo.

GREGORIA. – Lo que es yo, no resisto más.

(*Entra DON JOSE cauteloso, observando la atmósfera misteriosamente con curiosidad*).

JOSE. – Muy buenas noches.

ARCANGEL. – ¿Qué tal, José?

JOSÉ. – ¿No es hora todavía?

ARCANGEL. – No han empezado siquiera a llegar.

JOSÉ. – Voy a tomar en tanto un vaso de agua.

GREGORIA. – ¿Se lo traigo?

JOSE - No Lo serviré yo mismo... (**Sale por la puerta de servicio, cazando algo en el aire**).

GREGORIA. – Y ese señor, metido siempre allá en la cocina y en mi alcoba, cazando moscas en el aire, me pone más nerviosa todavía.

ARCANGEL. – No son moscas... Son formas astrales, que él ve y nosotros no.

GREGORIA. – (**Más llorona**). Pues peor por ahí.

ARCANGEL. ¡No seas majadera, Gregoria! ¡Llora, pues!... Eso significa que te duele abandonarnos.

GREGORIA. – ¡Estoy tan amañada con Don Arcángel... Y quiero tanto a la niña Marucha!

ARCANGEL, Y nosotros no tenemos el menor deseo de que nos dejes... Pero tampoco voy a suspender un experimento tan maravilloso por el simple hecho de que tengo una sirvienta asustadiza... Óyeme, Gregoria... Siéntate ahí... Voy a explicarte.

GREGORIA. – Voy a hacer oficio.

ARCANGEL. – Abandona el oficio por un momento.

GREGORIA. – Se queman las ollas.

ARCANGEL. – (**Deteniéndola**). Convéncete ante todo de que los espíritus no le hacen daño a nadie... Son tan inofensivos como los libros de mi biblioteca.

GREGORIA. – ¿Y por qué dicen que se vuelve loca la gente?

ARCANGEL. – Deja que hable el vulgo... Dime, Gregoria: ¿tú no eres viuda?

GREGORIA. – (**Secándose las lágrimas con el delantal**). Por eso estoy aquí... Como el difunto Filiberto me dejó en la miseria... Y si no fuera por Don Arcángel, que ha sido tan bueno conmigo... Quién sabe a dónde habría ido yo a parar.

ARCANGEL. – Y si yo te dijera que tu Filiberto, al morir, se acercó a ti en vez de abandonarte, y te trajo a esta casa, y está siempre al lado tuyo, protegiéndote...

GREGORIA. – Los muertos están allá donde mi Dios los manda, para bien o para mal.

ARCANGEL. – Te equivocas, Gregoria. Están tan cerca de nosotros, que podemos hablar con ellos en cualquier momento... Y si quieres convencerte de que tu Filiberto...

GREGORIA. – No, no, no, Don Arcángel... Todo será, pero eso no... A mi no me

meta en esos enredos... Además, yo sé que eso es pecado.

ARCANGEL. – Atiéndeme, atiéndeme...

(Entra MARUCHA con uniforme escolar, libros y útiles de estudio en la mano).

MARUCHA. – Papacito: ¿Cleopatra se escribe con K o con Q?

ARCANGEL. – Con C, mi hijita.

MARUCHA. – (Extrañada). ¿Y eso por que?

ARCANGEL. – ¿Por qué? ¡Ojala hubiera a quién preguntárselo! La ortografía es como tú: traviesa, inconsecuente.

MARUCHA. – (A GREGORIA). ¿Y lloras por eso?

GREGORIA. – Mi niña... Mi niñita... ¡No tendría valor para dejarla!

MARUCHA. – ¿Por qué, por qué tienes que dejarme?

ARCANGEL. – Está de pelea con los espíritus.

MARUCHA. – ¡Tan boba! ¡Cómo yo no les tengo miedo!

(JOSE regresa con su vaso lleno de agua).

JOSÉ. – ¿Podrían darme unas gotitas de limón?

GREGORIA. – ¿Ahora lo prefiere con limón?

JOSÉ. – Sí. El sabor a cloro es muy desagradable.

GREGORIA. – Creo que sí hay... Voy a ver...

(Sale GREGORIA y JOSE la sigue).

MARUCHA. – Papá: ¿qué es lo que tanto persigue Don José con las manos, en el aire?

ARCANGEL. – Cosas que tú y yo no podemos ver.

MARUCHA. – ¿Y él sí?

ARCANGEL. – Creo que si.

MARUCHA. – Papacito: ¿es cierto que tú hablaste anoche con Cleopatra?

ARCANGEL. – Pues... sí.

MARUCHA. – Las niñas del colegio no me quisieron creer, que tú hablabas con Cleopatra... Me hicieron la burla.

ARCANGEL. – (**Severo**). Te he dicho que no hables de eso en el colegio. Ni con las condiscípulas ni con las monjas.

MARUCHA. – Es que... como ahora estamos repasando la historia de Roma... Dime, papacito: ¿Era mala Cleopatra?

ARCANGEL. – No creo que fuera mala... Al contrario: bastante buena... Y tan inteligente y bonita, que se echó al bolsillo al imperio romano.

MARUCHA. – Cuéntame: ¿ella era la mujer de César?

ARCANGEL. – (**Desconcertado**). Propiamente no... Era... una vecina muy agradable... una amiga muy... muy...

MARUCHA. – (**Maliciosa**). ¿Como la Pompadur con Luís XIV y Manuela Sáenz con Simón Bolívar... ¿Y Malinche con Hernán Cortés?

ARCANGEL. – Según veo, sabes más historia que yo... ¿Eso te lo enseñaron las monjas?

MARUCHA. – No, papá. Las niñas... Estamos haciendo colección de esos hechos, para desarrollar el espíritu de investigación... Voy a apuntar antes de que se me olvide.

ARCANGEL. – No, no, no... Es mejor que no hables de estas cosas con los demás... Cíñete al texto. Es suficiente.

(**Golpes en la puerta de la calle**).

MARUCHA. – Yo abro... (**Va al fondo y abre la puerta**). Si, señor. Aquí está.

ARCANGEL. – ¿Quién? ... ¿Quién es?...

(**Entra FILEMON, un hombre entre los cuarenta y los cincuenta, no muy bien vestido y algo tímido**).

FILEMON. – ¡Te sorprenderá!

ARCANGEL. – ¡Hola, hola! ¡Mi queridísimo Filemón! ¡Qué milagrazo!

FILEMON. – ¡Arcángel! (**Lo abraza efusivamente**). ¿Y esta es la heredera?

ARCANGEL. – ¿No la reconoces?

FILEMON. – ¡Ya es una señorita!... ¡Vamos para viejos!

ARCANGEL. – Como desapareciste por tanto tiempo...

FILEMON. – ¡Está preciosa!

ARCANGEL. – Gracias, se dice.

MARUCHA. – Muchas gracias.

ARCANGEL. – Ve, pues, a terminar esa tarea.

MARUCHA. – Déjame asistir, hoy sí, a la sesión.

ARCANGEL. – Estás muy niña para eso todavía. ¡A estudiar y a dormir!

MARUCHA. – ¿Un beso?

ARCANGEL. – Tómalo.

MARUCHA. – Señor...

ARCANGEL. – Puedes despedirte de abrazo. Es un gran amigo nuestro. Casi pariente.

FILEMON. – Llámame tío. . . , Venga ese abrazo... Y obedécele a papá.

MARUCHA. – (*Acepto el abrazo riendo*). Gracias...

(*Sale MARUCHA*).

FILEMON. – ¡Es un encanto, tu criatura!

ARCANGEL. – Gracias, gracias. ¡Pero qué gusto verte... Y no es sólo gusto. Me das también fe en mis investigaciones.

FILEMON. – ¿De veras?

ARCANGEL. – Y como quiero evitarte rodeos, voy a hacerte una pregunta a boca de jarro... Dime, Filemón: ¿no estás tú en grave apuro de dinero?

FILEMON. – (*Turbado*). No creas que si he venido es por...

ARCANGEL. – Omite cumplidos... Son cinco mil pesos, ¿no es cierto?... Te tenía listo el cheque... Tómalo.

FILEMON. – (*Aun más confuso*). ¿Mi mujer te habló por teléfono?

ARCANGEL. – Hace seis años que no oigo la voz de tu mujer.

FILEMON. – Pero entonces... Pero entonces... ¿Eres brujo?

ARCANGEL. – Quizá sepas que desde hace algún tiempo me dedico a ensayos espiritistas.

FILEMON. – (**Asustado**). Algo me han dicho, sí.

ARCANGEL. – Pues bien... Me he familiarizado a tal punto con el fenómeno, que hoy convivo cotidiana y espontáneamente con los desencarnados. Una aparición, o una voz que me habla al oído, son ya para mí hechos naturalísimos, como puede serlo tu visita.

FILEMON. – Pero... Esto de los cinco mil pesos...

ARCANGEL. – Verás... Anoche, cuando apagué la luz de mi cuarto, sentí que no estaba solo... Uno se habitúa a percibir la presencia de los espíritus sin necesidad de manifestaciones externas... A poco, frente a la barandilla de la cama, se fue dibujando una silueta envuelta en manto oscuro... ¿Quéquieres?, le pregunté... y me repuso con voz que casi parecía una ilusión: Tu amigo Filemón Escavilla necesita que le hagas un préstamo de cinco mil pesos... Sólo tú puedes salvarlo... Te los devolverá dentro de sesenta días... ¡Hazle ese gran favor!.... ¡Y desapareció!

FILEMON. – ¡Arcángel! ¿Qué es esto?. Entonces... los milagros son verdad.

ARCANGEL. – ¿Por qué?

FILEMON. – Admírate: nos quieren rematar la casa por unos intereses atrasados... Van a echarnos a la calle... Mañana se vence el último plazo...

ARCANGEL. – ¿Y qué?

FILEMON. – Vamos a recibir el pago de una deuda dentro de dos meses; pero llegará tarde. Aunque hoy podría ser nuestra salvación.... En tan difícil trance, mi mujer, que es tan creyente, hizo una novena a su santo favorito... No recuerdo el nombre, pero es muy popular; y ha hecho, según dicen, muchísimos milagros, especialmente en estos problemas económicos... Anoche la termino, precisamente cuando se te presentó la aparición.

ARCANGEL. – (**Complacido**). Comprendo...

FILEMON. – ¡Pero lo más extraño es que yo soñé anoche que eras tú quien iba a facilitarnos ese dinero!... ¿Cómo te parece?

ARCANGEL. – ¿Quieres tomar algo?... ¿Un whisky?...

(**Un grito fuera**).

FILEMON. – ¿Quién grita?

ARCANGEL. – La sirvienta... La agarra el gato, y cree que son espantos... Gregoria: tráenos whisky.

FILEMON. – Me caerá muy bien... porque me ha entrado un escalofrío tan raro...

ARCANGEL. – Del cerebro hacia abajo, en forma envolvente, que crece poco a poco en intensidad, ¿no es cierto?

FILEMON. – Sí, sí... ¿Cómo lo sabes?

ARCANGEL. – Porque yo estoy sintiendo lo mismo... Porque no estamos solos

FILEMON. – (*Mirando a un lado y otro*). ¿Cómo?

ARCANGEL. – El espíritu que nos aproximó, sea quien fuere, está aquí con nosotros, (*se frunce*). ¡Claro!... ¡Aquí está!... ¡Y qué fuerza tiene!... Vibra, contento de haberte servido... y de haberte traído a mi casa.

(*Entra GREGORIA con los vasos*).

GREGORIA. – Tendrán que tomarlo sin hielo.

ARCANGEL. – ¿Sigues nerviosa? ¿O se te olvidó que era el gato?

GREGORIA.. – No... No fue el gato,

ARCANGEL. – ¿Ah, no?

GREGORIA. – -Es decir:... Sí... ¡Eh, ya no sé ni lo que digo. , .Ave Maria!

ARCANGEL. – (*Brindando*). Por el gusto de verte aquí.

FILEMON. – ¡Gracias, Arcángel.

ARCANGEL. – ¿Y José?

GREGORIA. – Ojala lo llamara para acá... Le da por buscar almas hasta en las ollas.

ARCANGEL. – Déjalo en paz... Y estás lista para abrir cuando vayan llegando esos amigos.

(*Sale GREGORIA*).

FILEMON. – ¿Tienes alguna fiesta hoy en tu casa?... ¡He venido a importunarte, hombre!

ARCANGEL. – No... Es la sesión de costumbre.

FILEMON. – Pero, ¿tú sí crees en los espíritus?

ARCANGEL. – Es difícil negarlos, porque hacen cosas sorprendentes.

FILEMON. – Sin embargo, no entiendo... ¿Cómo explicarías, si es pecado evocar, que haya conseguido yo este cheque con una novena?

ARCANGEL. – Quizá no fue la novena en sí, sino un fenómeno de telepatía... transmisión del pensamiento...

FILEMON. – Por lo visto, tú también tomas la cosa con escepticismo.

ARCANGEL. – Creía muy poco al principio... En vida de mi mujer, íbamos ella y yo a un centro espiritista, pero sin tomarlo muy en serio... hasta que un espíritu le anunció a ella la muerte... Y murió.

FILEMON. – Todos morimos, al fin y al cabo.

ARCANGEL. – Pero en este caso el espíritu dio el nombre de la enfermedad y la fecha de la defunción.

FILEMON. – ¡Caramba!

ARCANGEL. – Aquello fue terrible para mí. Llegué a desesperarme. Pero de pronto vino el consuelo.

FILEMON. – ¿Cómo?

ARCANGEL. – Después de que ella murió, seguí asistiendo al mismo centro... Y una noche se me presentó ahí sin que la llamara.

FILEMON. – ¡Tu esposa!

ARCANGEL. – La muerte, me dijo, tiene menos importancia de cuanto le atribuyen... No te aflijas, Arcángel, que estoy a tu lado siempre, más cerca que antes, porque ahora leo tus más íntimos pensamientos... Y te quiero tanto, que voy a reencarnar en alguien muy allegado a ti... Quizá caiga de nuevo en tus brazos, ya no como esposa, sino como hija, para endulzar tu vejez y cerrar tus ojos cuando muera. .

FILEMON. – (*Desconcertado*). Un momento... Explícame.... ¿Muere tu esposa y va a nacer de nuevo como hija tuya?... ¿Es eso posible?

ARCANGEL. – Luego te explicaré... Déjame terminar... No eches de menos mi amor, añadió ella, que yo te llevaré todo el que necesites....ya este respecto hay algo extraordinario... No vas a creerlo.

FILEMON. – No has vuelto a sentir afán, ni deseo de... bueno... entenderás...

ARCANGEL. – ¡Por el contrario! Desde ese día, yo, que había sido un individuo más bien desafortunado en amores, empecé a encontrar las más deliciosas oportunidades... ¡Ríete: en la flor de mis cincuenta años!

FILEMON. – (**Reflexiona y estalla**). ¡Fantástico! ¡Entro al espiritismo!

ARCANGEL. – ¡Bienvenido!

FILEMON. – Eso sí: me guardas el secreto con mi mujer.

ARCANGEL. – Pierde cuidado.

FILEMON. – ¡Una viudez muy bien llevada, la tuya, caramba!... Pero ahora dime: ¿será posible averiguar, por medio de los espíritus, si en mi casa hay tesoro enterrado?... Porque dicen las sirvientas que han visto a media noche una sombra en el solar... Y una luz.

ARCANCEL. – ¡Ah, a ese respecto se han hecho experimentos admirables, aquí mismo!

(**Entra JOSÉ**).

JOSÉ. – ¡Oh, perdón!... ¿Interrumpo?

ARCANGEL. – Adelante, José,

JOSÉ. – ¿No es hora todavía?

ARCANGEL. – Aun no... Pero le presento a mi gran amigo Filemón Escavilla,

JOSÉ. – ¿De los nuestros?

ARCANGEL. – Va a serlo.

JOSÉ. – Mucho gusto... (**Va a darle la mano; y cuando FILEMON le tiende la suya, JOSE espanta algo en. el aire**)... ¡Que me dejes tranquilo, Felipín!

FILEMON. – (**Mira desconcertado a todas partes buscando a FELPÍN sin verlo**).

JOSÉ. – Usted perdone... (**Le estrecha la mano al fin**). Veo que estrecho la mano de un ilustre personaje, a juzgar por su séquito... ¿Cómo ha logrado usted que Napoleón vaya de brazo con el rey de Inglaterra?...

FILEMON. – (**Aumenta su desconcierto**).

JOSÉ. – Y luego, ¡con qué complacencia le miran a Ud. Bolívar, San Martín,

Washington y otros tantos generales!... Usted debe de haber venido al mundo esta vez para consolidar el panamericanismo.

FILEMON. – No entiendo.

JOSÉ. – (**Mirando hacia arriba**). ¿Y esto qué es? ¿Qué hacen ustedes dos ahí?... ¡Cleopatra y César otra vez juntos, dando escándalo en el aire, ante tan distinguido auditorio!... ¡No señores!... ¡Vengan acá! (**Los separa a la fuerza**). ¡Respeten!... (Se lleva una mano al bolsillo derecho). Aquí los varones... (Lleva la otra mano al bolsillo izquierdo). Y aquí las hembras... ¡Pero es más resbalosa!.. Ahora se va detrás de los jovencitos, ¿no digo?... ¡La historia se repite hasta en ultratumba!... ¡Ven acá, perversa.... ¡Ven acá. Cleopatra! ¡Deja en paz a Augusto y Marco Antonio!... ¡Ah, las mujeres! ¡Siempre las mismas!

(**JOSE se va detrás de la imaginaria Cleopatra**).

FILEMON. – ¿Está loco?

ARCANGEL. – No sabría decirte.

FILEMON. – ¿Vive contigo?

ARCANGEL. – Entra aquí como a su propia casa... Es un gran médium vidente.

FILEMON. – ¡Explícame, explícame eso, por favor, que estoy desconcertado!

ARCANGEL. – El médium es la persona que sirve como vínculo de comunicación entre los espíritus y nosotros.

FILEMON. – Ah, ya... ¿Tiene que ser persona especial?

ARCANGEL. – Muy especial. Hay unos que prestan su mano y escriben. Otros facilitan su garganta y hablan; otros sus ojos y ven... Ven a los espíritus como si fueran seres vivientes.

FILEMON. – Y él, ¿sí verá todo lo que dice?

ARCANGEL. – No sé hasta qué punto pueda haber alucinación, desequilibrio; pero tampoco me atrevería a decirte que miente.

FILEMON. – Para mí es un orate. Piensa: ¿Irán tras de mí todas las notabilidades del mundo cuando me encuentro en tales apuros de dinero y no he sido ni siquiera policía secreto?... ¡Hasta risa me da!

ARCANGEL. – -En apariencia, el asunto mueve a risa; pero cuando lo analices a fondo, pensarás de otra manera.

FILEMON. – Comienzo a temer que el espiritismo sí lleve a la locura.

ARCANGEL. – Depende de la manera como se evoque.

(CHELO Y NUBIA, ambos jóvenes entran en completa luna de miel).

NUBIA. – ¡Don Arcángel!

CHELO. – Aquí nos tiene.

ARCANGEL. – ¡Muy contento de verlos por acá!

NUBIA. – ¿Hay sesión?

ARCANGEL. – Como todas las noches.

NUBIA. – Ay, qué emoción! Supiera que tengo un miedo, que me tiemblan hasta las puntas de los dedos.

CHELO. – Es natural, siendo la primera vez.

ARCANGEL. – Aquí tienen a mi amigo, Filemón Escavilla, que está en el mismo caso.

NUBIA. – ¿Viene también por primera vez?

FILEMON. – Ocasionalmente.

NUBIA. – Mejor... Mal de muchos...

FILEMON. – **(A CHELO)**. ¿Usted tampoco ha evocado?

CHELO. – Moví en cierta ocasión una mesita, con unos amigos por divertirnos. . . No había tenido oportunidad de asistir a una sesión en debida forma.

NUBIA. – **(A FILEMON)**. Pero mi marido es un gran aficionado... Un espiritista a su manera.

FILEMON. – ¡Ah, sí? ¿En qué forma?

NUBIA. – Le gusta ir al cementerio y repartir galletas en todas las tumbas

CHELO. – Pero... no es porque crea que los muertos van a comérselas.

FILEMON. – Comprendo,.. Es un rito.

ARCANGEL. – Como cualquier otro... Tampoco han de llevarse las flores, ni comerse los responsos, ni beberse las lágrimas.

FILEMON. – **(A NUBIA)**. ¿Y usted lo acompaña?.

NUBIA. – Desde que lo conozco.... pocos días antes de casarnos.

CHELO. – Nos encontramos en el cementerio.

FILEMON. – ¿Ella iba también con galletas?

NUBIA. – No... Yo iba a poner pensamientos en las tumbas de dos muchachos que... bueno: lo diré francamente... dos muchachos que se habían suicidado por mí... en distintas épocas... porque yo antes de Chelo, no le hacia caso a nadie.

FILEMON. – (A **CHELO**). ¡Se escapó usted entonces de ser... el tercer suicida!

CHELO. – (**Abrazándola**). Así parece.

NUBIA. – Al mes éramos marido y mujer... a pesar de habernos conocido ante la tumba de uno de mis enamorados.

CHELO. – Ahora vamos allá tres veces por semana: lunes, miércoles y viernes.

NUBIA. – Y en los week-ends bailamos hasta la madrugada... ¿Cómo le parece?

FILEMON. – ¡muy variado!

NUBIA. – Los sepultureros creen que estamos locos... Pero yo pienso que otros hombres beben, juegan, enamoran, atracan, asesinan. " . todos esos espantosos hobbies... Con esto de poner galletas sobre las tumbas, mi marido no le hace daño a nadie.

ARCANGEL. – Estamos de acuerdo...

NUBIA. – (A **ARCANGEL**). ¡Qué coincidencia, habernos encontrado allá con usted!

ARCANGEL. – ¡ Mucha amabilidad la de ustedes, ir a poner galletas sobre la tumba de mi esposa!

CHELO. – ¡Ni mencione eso! ¡No vale la pena!

ARCANGEL. – Pero no fue coincidencia. Fuimos llevados al mismo sitio por los espíritus que ustedes estaban agasajando... Alguno de ellos debe de estar interesado en hablarles.

CHELO. – ¿Cree usted?

NUBIA. – ¡Qué miedo.! ... En fin, eso es más interesante: saber lo que ellos piensan.

(**Entra HORTENSIA, mujer otoñal y explosiva**).

HORTENSIA. – ¡Don Arcángel!... ¡Don Arcángel!... ¡Casi no llego!... ¡Una congestión de tráfico!... ¡Creí que habían empezado, y corrí, porque no quería perder ni una sílaba!

ARCANGEL. – Aquí tiene usted tres neófitos.

HORTENSIA. – ¿Es la primera vez que vienen? ¡Los envidio! ¡Porque la emoción que se siente la primera vez... la que yo sentí, al menos, es inenarrable... inenarrable!

NUBIA. – ¿Viene usted con frecuencia?

HORTENSIA. – ¡Siempre! En tres meses no he faltado un solo día... Pero nada como la sesión de anoche. ¡Insuperable! ¡Indescriptible! ¡Ay, cuando escuché la voz de Cleopatra! ¡Cuando habló y cantó como lo hacía en sus galeras egipcias, y nos explicó su amor por un tigre... y la manera como engañaba a César con Augusto y Marco Antonio ¡Avispada, ¿no?

NUBIA. – (A **CHELO**). ¡Esto es como un manicomio!

CHELO. – Esperemos a ver... ¿De nosotros nos dicen también que estamos locos?

NUBIA. – Es verdad.

HORTENSIA. – ¿Y Don Cupertino? ¿No ha llegado Don Cupertino?

ARCANGEL. – (**Consultando el reloj**). Como buen español, siempre está en retardo.

HORTENSIA. – Yo vivía con la intuición de que él había sido algo grande en vidas anteriores; ¡porque, a pesar de ser tan chiquito, tiene un porte tan distinguido!... Pero nunca sospeché que hubiese sido un faraón... Piensen ustedes: ¡el faraón Keops, el constructor de la gran pirámide!

NUBIA. – ¿Y eso es posible, haber vivido en otro tiempo?

HORTENSIA. – Todos pasamos por una larga serie de encarnaciones. Morimos, volvemos a nacer, volvemos a morir, nacemos de nuevo... Hasta purificarnos. ¿No lo sabía usted?

NUBIA. – No... Pero lo encuentro chusco.

HORTENSIA. – Lo más interesante es que el guía, el espíritu que dirige las sesiones, nos dijo: entre el Keops de la gran pirámide y el pobre Don Cupertino que administra hoy una modesta taberna en los arrabales de esta ciudad, hubo para él otra vida luminosa: una reencarnación intermedia que rebelaré mañana si me lo permiten los superiores inmediatos... ¡Y todos los que entonces le rodearon, van a rodearle ahora también, en esta privilegiada ciudad de Bogotá, para una

nueva empresa de unión continental! Piensen: ¡Eso es lo que vamos a saber quizá esta noche.... ¿Y quién será yo, por Dios?... Y a lo mejor ustedes han venido providencialmente, a conocer su pasado y su destino... y a todos nos ligan grandes vínculos en la historia y en el porvenir.

(*Entra GREGORIA perseguida por JOSÉ*).

GREGORIA. – ¡Don Arcángel! ¡Don Arcángel!

ARCANGEL. – ¿Qué pasa, mujer?

GREGORIA. – ¡Que Don José no quiere salir de la cocina y dice que tengo un espíritu prendido aquí, en la garganta.

NUBLA. – (*Da un grito*).

GREGORIA. – Yo sí siento que me asfixio. ¡Pero quítemelo usted!

ARCANGEL. – Yo no lo veo... Que te lo quite él.

GREGORIA. – Pero delante de usted... porque ese señor es muy atrevido.

ARCÁNGEL. – Quítaselo, José.

JOSÉ. – (*Actuando*). ¡Confianzudo.... ¡Sinvergüenza!

GREGORIA. ¿Por qué han de meterse conmigo, si yo nada tengo que ver con sus tales brujerías?

JOSÉ. – ¡Y se empeña en seguir ahí, como en casa propia!... ¡Atrevido! . ¡Veo que no son muy buenas sus intenciones!... Felipín: ¡Llévatelo al quinto rollo! ¡Lo tienes allá hasta que San Juan agache el dedo!

GREGORIA. – Eso me pasa por no haber puesto en la puerta de la cocina, como en mi alcoba, la imagen sagrada, para que el demonio no entre... Porque digan lo que digan, todo esto son demonios sueltos.

(*Sale GREGORIA llorando*).

NUBIA. – Yo me voy, Chelo... Vámonos... Sigamos más bien con las galletas.

CHELO. – ¡No seas cobarde!

(*Entra CUPERTINO, español ciento por ciento. Por su gusto hablaría todo el tiempo... Al referirse a América, lo hace desde la alta tribuna de su personalidad, y con cincuenta años de experiencia...*).

CUPERTINO. – Muy buenas noches todos... Noches serán ya, claro está... (*Mira su reloj*). Y bien sé que ando retardado; no porque esa sea mi costumbre, sino

porque a menudo las citas y los quehaceres son incompatibles... De todos modos, ya oscureció; y para estar en armonía con el momento, es lógico decir buenas noches, y no buenas tardes... Así que buenas noches todos vosotros. .

TODOS. – Buenas noches.

HORTENSIA. – Don Cupertino; he pasado el día entero pensando en usted. ¡Y envidiándolo! ¡Saber que fue el faraón Keops, y que esa vida imperial no fue sino la preparación de Otra mucho más brillante!

CUPERTINO. – Falta saber hasta qué punto ello puede ser cierto; porque los asuntos del más allá resultan un tanto intrincados. Vosotros los americanos siempre estáis de prisa... Y no lo digo por modestia; pues aunque no me encuentre yo ahora en muy buenas condiciones, ocupé altos cargos en la república española.

NUBIA. – ¿No recuerda usted haber sido faraón?

CUPERTINO. En lo más mínimo. Al menos arquitecto de semejantes proporciones. Ni me seduce la arquitectura. Prefiero comprar las casas cuando ya están terminadas, y el dueño anda en apuros... Vosotros los americanos no entendéis de sutilezas ni refinamientos... Os preocupa la cantidad, y no la calidad.

NUBIA. – ¡Pero es encantador saber que se ha sido ya grande, y que se ha hecho una cosa tan grande!

HORTENSIA. – Por eso Don Cupertino tiene una modestia tan especial.

CUPERTINO. – ¿Modestia?... Os repito que no es modestia.

HORTENSIA. ¡Es la conciencia de un pasado glorioso!

CUPERTINO -- Reconozco que el pasado es siempre mejor que el presente. Vosotros los americanos no lo creéis así, porque sois demasiado jóvenes.

HORTENSIA. – Habla usted con tal dignidad, que posiblemente fue también Luis XIV o el emperador Carlos V.

CUPERTINO. Eso nunca... ¡Jamás! Ya os he dicho que soy republicano. Y cuando se siente de verdad el republicanismo, no se le burla vilmente, como vosotros hacéis a menudo.

JOSE. (*A sus espíritus*). ¡Todo el mundo en su sitio! ¡Pronto! ¡Ahí está la medium!.. ¡Calle de honor!... El viejo mundo a un lado y el nuevo al otro... ¡Tú, Cleopatra, fuera de aquí! ¡Es asunto serio, y no zamba africana!... Felipín: ¡no te entrometas!

(*Entra ANGÉLICA, la médium, una muchacha suave y lánguida*).

ANGÉLICA. – Perdón por la demora.

ARCANGEL. – ¿Cómo te sientes hoy?

ANGÉLICA. – Muy débil... Pensé que no podría ayudarles esta vez.

ARCÁNGEL. – Si ha de hacerme mucho daño...

ANGÉLICA. – Creo que no.

HORTENSIA. – ¡Supiera con qué ansiedad estábamos esperándola!

ANGÉLICA. – -Muchas gracias.

CUPERTINO. – (**A HORTENSIA**). La ansiedad y la impaciencia son sentimientos muy americanos, muy de vosotros...

ARCÁNGEL. – (**A ANGÉLICA**). ¿Descansaste bien?

ANGELICA. – Sí.

NUBIA. – ¿Ha estado enferma?

ANGÉLICA. – Tan sólo cansada. Este trabajo es extenuante.

JOSÉ. – ¿No ha vuelto a molestarte el Libertador Simón Bolívar?

ANGÉLICA. – Desde que lo llamaron aquella vez, no duermo tranquila. ¡Siento unas sacudidas tan fuertes por la espina dorsal!

HORTENSIA. – ¿Y se queja? ¡Ya me la quisiera yo! Sacudida todas las noches por un libertador! ¡Qué privilegio!

ARCANGEL. – ¿Estás en ánimo de empezar?

ANGÉLICA -- ¿Por qué no?

ARCANGEL. Señoras y señores: háganme el favor de pasar al salón contiguo mientras duermo a la medium... Necesito soledad y un gran silencio... ¡Por favor!

(**Salen todos hacia el estudio, comentando los hechos**).

ARCANGEL. – Temo por tu salud.

ANGÉLICA. – No te preocupes.

ARCANGEL. – Me dio además un vuelco el corazón cuando te desmayaste ayer antes de que evocáramos...

ANGÉLICA. – ¿Por qué?

ARCANGEL. – Pensé que se estaba cumpliendo la profecía de mi mujer: su reencarnación en ti.

ANGELICA. – (**Con fisiológica convicción**). No, eso no...Aun no.

ARCANGEL. – Sueño tanto con eso, que los días de espera me parecen siglos. ¡Pensar que ella te trajo a mí para consolarme, y que reencarnará en ti, para que los tres nos unamos en un solo afecto terreno!

ANGÉLICA. – Bien sabes que si me presto a todas estas cosas es sólo por amor... por amor a ti.

ARCANGEL. – Duérmete, pues... Duérmete. , . (**La hipnotiza suavemente**).

ANGÉLICA. – (**Respirando hondamente y desgonzándose**). ¡Ay!...

ARCANGEL. – (**Tras de una pausa solemne**). ¿Hay alguien aquí?

ANGÉLICA. – (**Con voz distinta**). Si.

ARCANGEL. – ¿Quién?

ANGÉLICA. – ¿Quién ha de ser?... ¡Yo!... ¡Tu mujer!

ARCANGEL. – Me dijiste que en estos días reencarnarías en Angélica.

ANGÉLICA. – No es posible aún.

ARCANGEL. – ¿Por qué no?

ANGÉLICA. – La necesito para comunicarme a diario contigo... para sentir, desde mi plano astral, tus caricias, que tanta falta me hacen... ¡Cómo gozo con ellas!

ARCANGEL. – ¿Cuándo vendrás entonces a la tierra?

ANGÉLICA. – Deja correr el tiempo sin angustiarlo.

ARCANGEL. – Dile entonces al espíritu que nos guía que venga, que estamos listos... No demoremos más a esa gente.

ANGÉLICA. – No... Déjame gozar de nuestro amor unos minutos más... (**Tierna**). Ven... (**Maternal**). Llévame ante todo a besar a mi hija... (**Sensual**). Quiero además... besarte.

ARCANGEL. – (**Cohibido**). Más tarde... cuando todos se hayan ido.

ANGÉLICA. – ¡No! ¡Ahora!... (*En clímax sensual*). El deseo no muere, ¿sabes? ...
Más bien crece... ¡Quiero besarte.... ¡Besarte con toda mi alma, pero sintiendo que
por estas venas corre la sangre!... ¡Allí!... ¡en la sombra!...

(*Van saliendo abrazados, mientras cae el TELÓN*).

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto, media hora después. Al levantarse el telón la sala está vacía. A los pocos segundos van asomando los visitantes, e inspeccionando a medida que hablan.

HORTENSIA. – No, no están aquí.

CUPERTINO. – ¡Y llevamos casi media hora esperándolos.

HORTENSIA. – Casi todas las noches sucede lo mismo.

NUBIA. – ¿Es muy difícil dormirla?

CUPERTINO. – Así parece.

FILEMON. – Esperemos donde él nos dijo.

CHELO. – Sí, esperemos.

JOSÉ. – Felipín; ve a sugerirles que estamos impacientes... ¡Ve, hombre!... ¿Vas a tenerles tú miedo a las indiscreciones?

(*Entra ARCANGEL*).

HORTENSIA. – ¿Sucedé algo malo, Don Arcángel.

ARCANGEL. – Nada de particular. Me costó trabajo ponerla en trance; pero ya está lista.

HORTENSIA. – ¡Qué fortuna! Temí que no hubiera sesión, como ocurrió hace algunas noches.

ARCANGEL. – No hay cuidado. Ya está el guía dentro de ella.

NUBLA. – ¡Qué nervios.... ¡Dame la mano, amor mío!

ARCANGEL. – Antes de introducir a la médium, debo hacer algunas advertencias para quienes vienen por primera vez.

NUBLA. – ¡Sosos todo oídos!

ARCANGEL. – Les ruego, ante todo, completo silencio mientras ella habla... y absoluta quietud... Los ruidos la fatigan en exceso cuando está transmitiendo su mensaje...

(Sale ARCANGEL).

NUBIA. – ¡Ese florero se está moviendo!

JOSÉ. – ¡Quieto, Felipín!

NUBIA. – ¿Quién es Felipín?

JOSÉ. – Un espíritu burlón... No es malo en el fondo; pero muy superficial... Y le gusta hacer travesuras... ¿No digo? (Hacia NUBIA). ¡Quita de ahí, que le desarreglas el peinado a la señora!

NUBIA. – (Da un grito).

JOSÉ. – No se preocupe. Es inofensivo.

NUBIA. – (Aterrada). ¡Y ahora es la mesita, que se mueve!

JOSÉ. – ¡Te digo que tengas juicio, Felipín.... Después jugamos cuanto quieras; pero ahora déjanos tranquilos. ¡Qué dirán los señores, que son todos gente respetable.... Quieto allá, junto a Cleopatra, mientras te llega el turno.

FILEMON. – (A CHELO). ¿Usted cree en todo esto?

CHELO. – No mucho... ¿Y usted?

HORTENSIA. – ¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

(Entra de nuevo ARCANGEL).

ARCANGEL. – Les repito: ¡silencio y quietud!... Y además, elevación de alma. Los sentimientos mezquinos, o la risa, o la simple indiferencia, alejan a los espíritus blancos, que son los mejores, y atraen a los rojos a perturbarnos.

NUBIA. – (Riendo nerviosamente). ¿Rojos?... ¿Comunistas?

CHELO. – ¡Nubia, por favor! Contrólate.

NUBIA. – ¡Ay, perdón!... No es risa. ¡Es impresión!

ARCANGEL. – Don Cupertino: puede apagar las luces.

CUPERTINO. – (*Pone el escenario en penumbra verdosa*).

HORTENSIA. – (*Zahuma la sala*).

ARCANGEL. – (*En actitud de orar*). ¡Todos conmigo en pie!... ¡Señor, Ingeniero del Universo! Somos tus almas, que aspiran a conocer la verdad del más allá. Venimos a ti limpios en el propósito... Envíanos lo más noble, lo más puro que haya en tus planos astrales!

JOSÉ. – ¡Que así sea!

ARCANGEL. – ¡Sh!

(*Tras pocos segundos de silencio solemne, ANGELICA entra avanzando poco a poco, ante la expectativa; general*).

ANGELICA. – (*En voz grave y elocuente*). ¡Hermanos míos en lo eterno!... Aquí me tenéis con vosotros para daros toda la luz que me sea permitido... ¡Soy Jeremías!

NUBIA. – (*A CHELO*). ¿Jeremías qué?

CHELO. – Ahora nos dirá. Cállate...

JOSÉ. – ¡Sh!

ANGÉLICA. – ¡Soy Jeremías, el profeta hebreo.... ¡El que anunció la destrucción de Jerusalén y de su templo, hace ya treinta siglos!... ¡Siglos que desgrano ante vosotros para daros la bienvenida!

NUBIA. – (*A un vecino*). ¿Hace treinta siglos no había apellido?.

JOSÉ. – (*En. voz baja*). ¡Creo que no... ¡Sh!...

CHELO. – ¡Contrólate, he dicho!

NUBIA. – No puedo. ¡Soy como tú!

ANGÉLICA. – Pero ahora no vengo a anunciar desastres; sino por el contrario, el hecho más grande de la historia... (*Alzando la voz y abrazando a CHELO*). ¡Ah, hermanos míos!

NUBIA. – (*Lo retiene, recelosa*).

ANGÉLICA. – (*Yendo al centro*). ¡Qué gran acontecimiento el que está en vuestras manos!... ¡Orad conmigo antes de saberlo!

NUBIA. – (*A CHELO*). ¡Vámonos!

CHELO. – No podemos salimos ahora.

NUBIA. – Pero que no te abrace más esa mujer.

CHELO. – Si no es ella: ¡Es Jeremías!

NUBIA. – (*Sarcástica*). ¡Sí... Jeremías con faldas!

ANGÉLICA. – ¡En los días aciagos que corren, los aquí reunidos esta noche, no por casualidad, sino por influjo de la Providencia, van a prestarle un servicio grandioso al género humano.

ARCANGEL. – ¡Manda en nosotros, Gran Jeremías!

ANGÉLICA. – En esta ciudad, que parece insignificante dentro de la gran extensión de nuestro planeta, han reencarnado muchos espíritus superiores que ignoran su propio destino; pero que por mediación mía van a ponerse de acuerdo para acometer una obra redentora, que ha de asombrar a los siglos.

ARCANGEL. – ¿Qué obra es esa, Jeremías.... Te escuchamos devotamente.

ANGÉLICA. – (*Mostrando a CUPERTINO*). Aquí está ante todo, como ser anónimo, uno de los hombres que más han influido en la transformación de la humanidad, ¡Hoy es un infeliz tabernero; pero hace siete mil años ocupó el trono de los faraones!

JOSÉ. – (*A CUPERTINO*). Permítame estrechar su mano otra vez.

CUPERTINO. – Gracias, gracias... No perturbemos.

NUBIA. – ¡Felicitaciones!

ARCANGEL. – ¡Silencio, por favor! ¡No interrumpamos el mensaje!

ANGELICA. – Pero el faraón Keops, el que construyó la gran pirámide, no hizo aquella vez sino entrenarse, fortalecer su voluntad y su testarudez para transformar más tarde la faz del mundo... Aquí tenéis entre vosotros al mismo tiempo, y en la misma persona, nada menos que a un gran almirante... al descubridor de América... ¡A Cristóbal Colón!

HORTENSIA. – ¡Lo sospechaba yo!... ¡Oh!, Almirante!

CUPERTINO. – No os precipitéis... Vosotros los americanos juzgáis siempre a toda prisa.

ANGELICA. – ¿No me cree usted? ... Recuerde que, cuando era niño, le gustaba jugar con tres barquitos de papel en los fangales de su miserable aldea... ¡Era su armada!... Llevaba usted en la subconsciencia el recuerdo de las carabelas: La Santamaría, La Pinta y La Niña.

CUPERTINO. – Quizá tenga usted razón... Aunque mi aldea no era tan miserable, y tiene enorme importancia histórica... Lo explicaré...

ANGELICA. – No es necesario. Estoy informado.

JOSÉ. – ¡A tu puesto, Felipín! ¡Después lo felicitas!

ANGELICA. – Felipín: ven acá... Vas a servirme esta noche como secretario... como mensajero, para introducir a los desencarnados con quienes los señores quieran comunicarse.

JOSÉ. – Muy bien pensado. Hay que ponerle oficio.

(**Se vuelve un florero y se mueve una cortina**).

ANGELICA. – ¡Pero sin retozar ni hacer daños!... Perdónenlo ustedes. Felipín es poco propicio a estas cosas trascendentales, pero no un mal espíritu. Fue maromero en dos reencarnaciones anteriores, y se quedó con la mala costumbre... (**Súbitamente alarmado**). ¡Un momento! ¡Me llaman! ¡Tengo que irme!

ARCANGEL. – ¿Antes de terminar el mensaje?

ANGELICA. – Vendré luego a terminarlo... En este momento no puedo permanecer más acá... otro profeta hebreo, mi amigo y pariente, que reencarnó en el Japón, acaba de hacerse el harakiri... Debo ir a recibir su espíritu... ¡Felipín: cuídame el puesto mientras cruzo el Océano Pacífico! (**Se desgonza**).

ARCANGEL. – ¡Angélica!... ¡Angélica!

NUBIA. – ¿Se desmayó?

ARCANGEL. – ¡Gregoria! ¡Gregoria!

(**Entra GREGORIA**).

GREGORIA. – Se me puso, que se les iba a enfermar otra vez la señorita Angélica.

ARCANGEL. – La soltó el espíritu sorpresivamente.

GREGORIA. – El demonio, será mejor decir.

ARCANGEL. – ¡Las sales!

GREGORIA. – ¿Dónde las puse yo?...

CUPERTINO. – Está reaccionando.

ARCANGEL. – Entonces ya no hay necesidad... Puedes irte.

GREGORIA. – (**Saliendo**). Por la señal de la santa cruz...

(**Sale GREGORIA**).

JOSÉ. – ¿Y Felipín? ... ¿Qué se hizo Felipín? ... ¿Dónde está Felipín?

ANGÉLICA. – (**Despertando en otro carácter, meliflua y picaresca**). ¿Me llamas, José?

JOSÉ. – ¿Quién te ha dado permiso para entrometerte en la señorita médium?

ANGÉLICA. – ¡Pues Jeremías! ¿No no lo oyó? (**Da un saltito**). ¿A ver?... ¿Qué desean los señores?... ¿En qué puedo servirles?... ¡Tan simpáticos todos! Usted es demasiado exigente conmigo, Don José. Quiere que esté siempre inmóvil, y para mí las piruetas son necesidad imprescindible. ¡Hola, Almirante! ¡De modo que esta vez no ha descubierto usted nada, sino que más bien lo descubrieron!... ¡La risa que me da verlo en su taberna, despachando manzanilla falsificada!

CUPERTINO. – ¡Eso es mentira!

JOSÉ. – ¡Respeta al almirante!

ANGÉLICA. – (**A CUPERTINO**). Pido mil excusas... (**A HORTENSIA**)... Y en cuanto a usted, señora...

HORTENSIA. – ¡Señorita!

ANGÉLICA. – Supiera que los desencarnados no distinguimos esas variantes...

NUBIA. – (**A CHELO, entusiasmándose**). Pregúntale algo.

CHELO. – ¿Se puede, Don Arcángel?

ARCANGEL. – A él todo lo que quieran.

CHELO. – ¿Cuántas veces ha venido usted al mundo?

ANGÉLICA, —Tantas, que no recuerdo ya... Reencarno y reencarno; y como nunca tomo la vida en serio, poco avanza... Pero vivir es muy agradable, en cualquier forma que sea... No le temo ni a la vejez; porque en todas mis reencarnaciones, las mejores aventuras las he tenido, como Don Arcángel, después de los cincuenta años.

NUBIA. – ¡Don Arcángel! ¡Quién iba a sospechar!

ARCANGEL. – (**A ANGÉLICA**). Muérdete la lengua si no puedes hablar con

discreción.

ANGÉLICA. – Me la mordería si fuera propia. Pero ¿no ve que es de la señorita Angélica?... ¿O anda usted interesado ya en hacerle daño? ¡Me sorprende!

ARCANGEL. – Bien, bien... Como ya gozaste de nuestra compañía, vete a reencarnar de nuevo.

ANGÉLICA. – ¡Supiera que no tengo prisa!... Esta vez pienso hacerlo a conciencia. Buscaré además la oportunidad de avanzar un poco... Estoy cansado de ser siempre maromero. En mi próxima vida seguiré la carrera política.

NUBIA. – ¿Es posible entonces encarnar cuando se quiere... y donde se quiere?

ANGÉLICA. – ¡Claro que sí! Tenemos derecho a escoger el sitio, la madre; y a veces también el padre...

ARCANGEL. – ¡Basta! ¡No más bromas y vete! Tenemos que ocuparnos de cosas serias.

ANGÉLICA—No me eche todavía, Don Arcángel, no me eche todavía y le doy una estupenda noticia.

ARCANGEL. – ¿Cuál será?

NUBIA. – ¡Déjelo, Don Arcángel, que es tan divertido!

ANGÉLICA. – Don Arcángel: el bebé que usted espera vendrá pronto.

NUBIA. – ¿Espera un bebe, Don Arcángel? No sabía que se hubiese casado otra vez.

ARCANGEL. – No, aun no... Sin embargo, esta vez no se trata de una broma.

NUBIA. – (**Entendiendo por el lado malo**). Aja...

ANGÉLICA. – Y no vendrá de la persona que usted espera, sino de otra... de otra que se halla hoy bajo el techo de esta casa.

HORTENSIA. – ¡Qué emocionante!

ANGÉLICA. – (**A NUBIA**). Señora: permítame que la felicite.

ARCANGEL. – (**Sorprendido**). ¿De ella?

CHELO. – ¿Cómo? ¿Un hijo de mi mujer?

NUBIA. – ¡Ahora vas a tomarlo a mal!... ¿No digo que eres impulsivo?

ANGELICA. – Sí... ¡Un hijo de ella!

NUBIA. – (**Hondamente emocionada**). ¡Ay, Chelo!

ARCANGEL. – ¡Ella!

NUBIA. – (**Más emocionada**). ¡Ay, Chelo!

CHELO. – ¿qué te pasa?

NUBIA. – Se me va la cabeza,

ANGÉLICA. – En tales circunstancias, eso es natural,

NUBIA. – (**Reaccionando**). Dígame: ¿Será niño o niña?

ANGÉLICA. – Todavía no se ha definido el sexo, señora.

NUBIA. – ¿Usted no podría hacer algo para que fuera niña?

CHELO. – ¡No. Niño!

NUBIA. – ¡Yo quiero una niña!

CHELO. – ¡Y yo un niño!

NUBIA. – ¡Fíjate que el impulsivo eres tú!

ANGÉLICA. – Quisiera complacerlos a ambos; pero por desgracia los desencarnados no tenemos mucha influencia en la fisiología.

NUBIA. – ¡Haga usted lo posible!

CHELO. – No seas testaruda,

ANGÉLICA. – ¡Un momento!... Empiezo a sospechar... Nada tendría de raro que. ¡Claro que sí!

NUBIA. – ¿Es niña?

CHELO. – ¿Es niño?

ANGÉLICA. – No discutan por asunto de tan poca importancia... ¡Ya lo creo. ¡Extraordinario! Pierdan el tiempo tratando de imponer sus puntos de vista... Señora: usted tendrá un niño...

CHELO. – ¡Admirable!

NUBIA. – Chelo: ¡He dicho que no! ,

ANGÉLICA. – Y también una niña.

NUBIA. – ¿Cual de ellos vendrá primero?

ANGÉLICA. – Los dos a la vez.

NUBIA. – (**Aterrada**). ¿Gemelos?... ¡Oh, no!

ANGÉLICA. – Y quizá,... quizá... ¡Hasta un premio internacional!

CHELO. – (**Agobiado**). ¿Quíntuples?

NUBIA. – (**Zapateando**). No quiero. No quiero. ¡Por ningún motivo!

ARCANGEL. – (**Interesado esta vez**). Dime, Felipín: Si tal cosa sucede, ¿cómo haré para reconocer a mi mujer entre esos cinco recién nacidos?

NUBIA --. Su mujer.... ¿He de ser también la suegra de usted?... ¿De usted?...

ANGELICA. – No habrá dificultad en ello... Después les explicaré... Ahora tengo que irme.

ARCANGEL. – No! ¡No te vayas, no te vayas.... ¡Escucha!...

ANGÉLICA. – Tendremos tiempo de hablar sobre eso... Déjame ayudar ahora a los demás... (**Va a FILEMON**). ¿Por qué tan preocupado?... ¿Aun teme usted perder su casa?

FILEMON. – (**Tímidamente**). Ya no...

ANGÉLICA. – Cree usted que se salvó porque tiene en el bolsillo un cheque de cinco mil pesos? ... Por lo visto ignora que es millonario.

FILEMON. – ¿Millonario yo?

ANGÉLICA. – Multimillonario.

FILEMON. – Se está usted burlando de mí.

ANGÉLICA. – En su vida anterior usted enterró un gran tesoro. Por esa razón, en impulso subconsciente, compró la casa horrible que hoy habita... Lo que vale ahí no es la casa, sino lo que hay debajo de tierra.

FILEMON. – ¡Entiendo! Entonces.... ¡Es cierto!

ARCANGEL. – ¿Podrías deciros cuál es el sitio preciso?

ANGÉLICA. – Pues... pues... (**Alarmada**). No es posible (**asustada**). Ya viene Jeremías... Ya empezó a cruzar el Océano Pacífico... Ya llega... Me está

reclamando su puesto... Me está regañando, porque hablé más de lo permitido... (*Llorando*). ¿Por qué me pega?... ¡No!... ¡Cobarde! ¡Salvaje! (**Se desmaya bruscamente**).

ARCANGEL. – ¡Caramba! ¡Otro desmayo!

HORTENSIA. – ¡Qué emocionante todo!

ARCANGEL. – Pongámosla en aquel diván...

NUBIA. – ¡Se está moviendo ahora esa cortina!

JOSÉ. – Es el espíritu de Felipín al salir de entre la médium... Felipín: ven acá... ¡No más escondites!... Ven acá, donde yo te vea (**abre la cortina**).

(*Aparece MARUCHA detrás de los pliegues*).

ARCANGEL. – (severo). ¿Qué haces tú ahí?

MARUCHA. – Oyendo, papá.

ARCANGEL. – Muy mal hecho, que andes espiando detrás de las cortinas. ¡Vete a dormir!

MARUCHA. – ¡Si no tengo sueño!

ARCANGEL. – Ya vendrá el sueño. ¡Obedece!

MARUCHA. – Si no es la primera vez que oigo.

ARCANGEL. – Peor por ahí.

NUBIA. – ¡Qué linda.... Déjela... Venga acá, junto a mí.

ARCANGEL. – Marucha: no me hagas tener un disgusto.

MARUCHA. – ¡Yo quería oír otra vez a Cleopatra!

ARCANGEL. – ¡He dicho que no!

MARUCHA. – Sí, papá... Yo me estoy juiciosa aquí, junto a la señora que va a dar a luz a mamá y a cuatro niñitos más.

ARCANGEL. – Obedece, Marucha, o tenemos un disgusto serio.

MARUCHA. – (*Llorando*). ¡Yo quiero ser espiritista!

ARCANGEL. – Lo serás a su debido tiempo... ¡Vamos!

(**Entra. GREGORIA aterrorizada**).

GREGORIA. – Don Arcángel: ahora sí es cierto. Me derramaron una olla de agua caliente sobre el delantal, me mandaron con una tusa y me hablaron al oído.

ARCANGEL. – ¿Qué te dijeron?

GREGORIA. – ¡Dizque amor mío!

ARCANGEL. – Sigues haciéndote ilusiones... Mira: llévate a la niña, que se vino para acá sin permiso... Te encierras en el cuarto con ella y echas llave mientras terminamos.

GREGORIA. – (**A MARUCHA**). Vamos, mi Maruchita... Obedécele a papá,

MARUCHA. – (**Lloriqueando y resistiendo**). ¡Yo quiero hablar con Cleopatra!

GREGORIA. – - (**Arrastrándola**). ¡No faltaba más!

(**Salen GREGORIA y MARUCHA, mientras por otro lado los miembros sacan a ANGÉLICA en estado cataléptico**).

CUPERTINO. – ¡Cómo pesa!

FILEMON. – ¡Y está rígida! ¿Llamamos a un médico?

ARCANGEL. – No tiene importancia. Es el estado cataléptico... Pero creo que sería mejor suspender la sesión.

HORTENSIA. – No, no, no... ¡Cómo vamos a suspender, si Jeremías está de regreso, a terminar su mensaje!

ARCANGEL. – No podemos trabajar sin medium; y Angélica está agotada.

JOSÉ. – Yo puedo reemplazarla.

ARCANGEL. – Temo que no.

JOSÉ. – ¿Por qué no?

ARCANGEL. – ¡Como medium parlante, es usted tan propenso a que lo acaparen espíritus inferiores!

JOSÉ. – Los desencarnados que estoy viendo ahora son todos gente correcta. Héroes, artistas, místicos, filósofos...

ARCANGEL. – Cuando usted se duerma vendrán otros.

(**ANGÉLICA regresa**).

ANGÉLICA. – (Serena). ¿Qué ocurrió?... ¿Ya terminaron?

ARCANGEL. – ¡Ah, ya despertaste!... ¡Tanto mejor! ¿Estás muy cansada?

ANGÉLICA. – No mucho,

ARCANGEL. – ¿Tienes ánimo para continuar?

ANGÉLICA. – Si lo desean, no hay inconveniente.

ARCANGEL. – Esperamos a Jeremías para el final de su mensaje.

ANGÉLICA. – Estoy lista. (**Se pone en trance con la ayuda de ARCANGEL**).

ARCANGEL. – Ya está... (**A los demás**). Purifiquemos el ambiente con el propósito de atraer buenos espíritus.

HORTENSIA. – (Reza con las manos puestas).

JOSÉ. – (**Estremeciéndose**). Ahí está Jeremías... Sentí cuando entró en la médium.

ANGÉLICA—(**Se mueve como desperezándose y se levanta para hablar otra vez con la voz del profeta**). ¡Aquí estoy, hermanos míos en lo eterno!

ARCANGEL. – ¿Quién eres?

ANGÉLICA,—Jeremías, .. Acabo de llegar... Tuve que imponerle una sanción a ese chico que estaba reemplazándome... Nadie lo autorizó para hablar tanto.

ARCANGEL. – ¿Y el otro profeta?

ANGÉLICA. – Murió... Pero reencarnó inmediatamente, esta vez en Sur América y en mejores condiciones. En el Japón era un lacayo. Ahora va a ser dictador.

ARCANGEL. – Esperamos devotamente el fin de tu mensaje.

ANGÉLICA. – Hace pocos momentos identifiqué al gran almirante Cristóbal Colón,

CUPERTINO. – Gracias, gracias

ANGÉLICA. – Pero él no ha venido solo con su grandeza a este aislado rincón de los Andes, ni está solitario en este recinto... (**Toma a HORTENSIA de la mano**). Aquí está, Gran Almirante, la primera sorpresa... Esta mujer que responde hoy al simple nombre de Hortensia Torrentes...

HORTENSIA. – ¡Lo sé! ¡Sin que me lo digan!... ¡Lo presentía! ¡Me lo decía el corazón! ¡Fui su esposa! ¡Felipa Muñiz de Perestrello!... ¡Oh, Cristóbal, Cristóbal!

¡Esposo mío!... Si hubiese yo podido acompañarte en esa hazaña, habrías sido más feliz y afortunado, y no tan cruel y visionario.

ANGÉLICA. – ¡Abrácela, Almirante! ¡Dele un beso!

HORTENSIA. – ¡Ay, sí!

ANGÉLICA. – Puede hacerlo sin temor.

CUPERTINO. – No creo que sea necesario... No anduvimos muy de acuerdo en el último año de nuestro matrimonio.

ANGÉLICA. – No entiende usted... Se trata de un honor... ¡Ella es la reencarnación de Su Majestad Isabel la Católica!

HORTENSIA. – (*Estremeciéndose*). ¿La reina? ¿Yo?... ¡Qué temblor!

CUPERTINO. – (*Con profundo respeto*). ¡Majestad!

HORTENSIA. – ¡No, Cristóbal! ¡Ahora somos iguales!... Esto es otro mundo y otro siglo... ¡La era de la democracia.... ¡Qué placer volverte a encontrar en un ambiente de tolerancia y libertad.... (*Precavida*). Dígame, Jeremías: ¿dónde está mi marido, el rey Fernando de Aragón?

ANGÉLICA. – El rey Fernando... los mira.

NUBIA. – ¿Cual de ellos es el rey Fernando?... ¿Don Arcángel?

ANGÉLICA. – No. Don Arcángel era en esa época. El confesor de la reina.

ARCANGEL. – ¿Fraile yo?... ¡Increíble!

ANGÉLICA. – La vocación no contaba entonces. Cualquiera que fuese ambicioso, influyente e intolerante, podía llegar a obispo.

HORTENSIA. – ¡Qué vergüenza, Don Arcángel! ¡Las cosas que usted me habrá oído relatar!

CUPERTINO. – ¿Quién es entonces el rey Fernando?

CHELO. – ¿Acaso yo?

NUBIA. – ¡Tú no!

CHELO. – ¿Cómo sabes que no?

NUBIA. – Tú eres solo mío. A ti que no te metan en esos enredos.

ANGÉLICA. – El rey Fernando no ha reencarnado desde entonces. Después del

fracaso de su segundo matrimonio, se desilusionó del mundo y de su misma realeza... Desde que murió vaga por los espacios siderales de la mano con su hija Juana la Loca.

FILEMON. – ¿Por qué no llamaos al rey Fernando?

ANGÉLICA. – Pueden hacerlo si lo deseán.

JOSÉ. – Lo estoy viendo allí, con sonrisa bondadosa... Temo si embargo que rehúse entrar en la medium después de un judío... Felipin: dile que, si quiere, estoy a sus órdenes para servirle como medium parlante.

ARCANGEL. – Insisto en que es peligroso. Puede perturbarlo otro espíritu. José no es de confianza.

ANGÉLICA. – Procuraré controlarlo.

JOSÉ. – Puedo ponerme en trance sin la ayuda de nadie, ¡Ya verán! (**Se auto-hipnotiza**).

ARCANGEL. – Un momento... Espere un momento...

FILEMON. – ¿Logró dormirse?

ANGÉLICA. – Lo está logrando con mi ayuda.

(**Pausa, en perfecto silencio**).

JOSÉ. – (**Saltando enfurecido**). ¿Dónde está esa hipócrita?... (**A HORTENSIA**). ¡Dizque dando tus joyas por idealismo, por el simple deseo de agrandar el imperio!... Y era todo por... ¡Fray Juan Pérez, el confesor, lo sabe muy bien. Era sólo por... ¡Vergüenza me da decirlo!... ¡Voy a dar cuenta de ese genovés oportunista, de ese miserable!

HORTENSIA. – (**Interponiéndose**). ¡Fernando: ¡no! ¡Estás en un error!

JOSÉ. – ¡Y lo niegan!... ¡Como si yo no me hubiera dado cuenta de todo! (**Separa a HORTENSIA y agarra a CUPERTINO**). Ahora sí es cierto que usted se va para otro mundo. Y allá arreglaremos cuentas... ¡Ayúdame, hija mía! ¡Ayúdame, Juana!

NUBIA. – ¡Quítenselo!

CHELO. – ¡Lo mata!

FILEMON. – (**Tratando de separarlo**). Aprieta como si fueran tenazas de hierro.

HORTENSIA. – Óyeme, Fernando... Confieso que yo estaba enamorada... Pero aquello fue tan solo un deseo... Un deseo sin consecuencias... Además, nunca tuvimos oportunidad... Oiga, Don José: ¡Si lo mata, irá usted a la cárcel!

ARCANGEL. – ¡Ojala fuera José! El está sirviendo tan solo como médium; y eso es lo que me afana... ¡Es el rey celoso, ayudado por su hija Juana la Loca! ¡Como quien no dice nada!

JOSÉ. – ¡Déjenme... Déjenme! ... ¡Tiene que morir!

(*Sujetan a JOSE entre varios*).

ANGÉLICA. – Fernando: te ordeno que dejes esas chiquilladas! ¡Estás ya muy desencarnado, para que sigas con la misma obsesión, año tras año, siglo tras siglo.... ¡No evoluciones! ... y tú, Juana, ¡no más locuras!... ¡Fuera de aquí, o no vuelves a montar nunca en Don José!

JOSÉ. – (*Cae desplomado*).

ANGÉLICA. – Creo que basta por hoy... Suspendan la sesión... Estamos rodeados por espíritus de muy mala índole... Adiós... Adiós... Mañana vendré, si los superiores me lo permiten...

(*Sale ANGELICA*).

ARCANGEL. – (*Enciende las luces*). PASEN USTEDES A MI ESTUDIO, A TOMAR ALGUNA COSA... ALLÍ CAMBIAREMOS IDEAS.

(*NUBIA, CHELO Y FILEMON siguen a ANGÉLICA, hablando todos a la vez*).

ARCANGEL. – ¡UNA TAZA DE CAFÉ, DON CUPERTINO?

CUPERTINO. – SIENTO TENER QUE IRME YA... TENGO MUCHA GENTE QUE ATENDER A MEDIA NOCHE.

ARCANGEL. – (*Bromeando*). ¿Huye usted del común de las gentes, ahora que conoce todo su pasado.

CUPERTINO. – ¡POR NINGÚN MOTIVO! ¡NO OLVIDE USTED QUE SOY REPUBLICANO... ¡Y DE VERDAD... VOSOTROS LOS AMERICANOS NUNCA ENTENDERÉIS QUÉ COSA ES EL AUTÉNTICO REPUBLICANISMO... BUENAS NOCHES.

ARCANGEL. – BUENAS NOCHES.

CUPERTINO. – NO SE MOLESTE USTED POR MÍ... CONOZCO EL CAMINO.

(*ARCANGEL sale a atender a sus huéspedes*).

HORTENSIA. – ¿NO SIENTE USTED QUE TODO ESO ES VERDAD?

CUPERTINO. – TODO CABE EN LO POSIBLE... REFLEXIONARÉ.

HORTENSIA. – -¿No comprende usted que si Isabel le dio sus joyas y le ayudó tanto, era porque estaba locamente enamorada?

CUPERTINO. – Difícil responder a esa pregunta... Muy buenas noches.

HORTENSIA. – ¡Cristóbal!... ¿Por qué se va?... ¿Por qué esa frialdad?... ¡Recuerde su pasado por un momento!... ¡Nuestro pasado.... Hablemos de él.

CUPERTINO. – - No me interesa el pasado.

HORTENSIA. – Quiero decir... el presente... nuestro presente.. .

CUPERTINO. – Lo único que me interesa es el porvenir... Buenas noches.

(Sale CUPERTINO).

HORTENSIA. – (*En arrebato de nervios, mirando hacia la puerta*). ¡Siempre el mismo!... ¡Un gran soñador!... ¡Siempre el mismo!... ¡Ay!

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración. Es de día.

En escena FILEMON, que llega de la calle, y GREGORIA que le abre la puerta.

FILEMON. – ¿Está Arcángel?

GREGORIA. – Salió hace poco.

FILEMON. – No sé si esperar o volver. Lo necesito con urgencia.

GREGORIA. – Creo que él fue precisamente en busca de usted, y que también anda urgido.

FILEMON. – ¡Ah, sí?

GREGORIA. – Cómo que está en terribles apuros de dinero,

FILEMON. – ¿De veras?

GREGORIA. – Hasta le oí decir; me da vergüenza con Filemón; pero como me debe esos centavos, y ya recibió la deuda, y hoy se vence el plazo...

FILEMON. – Efectivamente. Hoy tengo que devolverle esos cinco mil pesos que me dio en préstamo tan bondadosamente hace dos meses.

GREGORIA. – Si no desconfía... y quiere dejárselos conmigo...

FILEMON. – Venía a preguntarle si tendría inconveniente en que me demorara un día... quizá dos... a cambio de que le diera el doble.

GREGORIA. – En ese caso, ¿quién va a decir que no?... Sin embargo, creo que ayer no hubo aquí ni para el desayuno.

FILEMON. – Increíble, ¿Y por qué?

GREGORIA. – ¡Como le ha dado por consultarles a los espíritus todos los negocios! Cree que así se hará rico, y le está ocurriendo todo lo contrario. Aquí ya no se ven sino acreedores. A pesar de que desde hace días no ha vuelto a haber sesión.

FILEMON. – El dinero está en mi poder, por fortuna.

GREGORIA. – ¡Bendito sea Dios!

FILEMON. – Creo sin embargo que sería prudente tenerlo como reserva hasta mañana, por lo que pueda ocurrir. El tesoro que andamos buscando es casi un hecho. Cuestión de horas.

GREGORIA. – ¿Cuál tesoro?

FILEMON. – El que está enterrado en mi casa. El que enterré yo mismo en vida anterior, sin que conserve de ello el más mínimo recuerdo.

GREGORIA. – ¿Otra locura?

FILEMON. – Esta vez nos guían espíritus de absoluta confianza, que no dejan lugar a dudas.

GREGORIA—A lo mejor están cambiando lo cierto por lo dudoso.

FILEMON. – No creas. Tomamos como punto de partida la luz misteriosa que se veía en el solar de mi casa. La tierra estaba allí blanda. Se nota que había sido removida. Al ahondar, hemos ido hallando todo lo que el guía nos pronosticaba, a lo largo de un subterráneo que tiene ya como una cuadra de extensión: piedras, huesos. .

GREGORIA. – Piedras y huesos hay enterrados en todas partes... ¿Y cuánto han gastado en eso?

FILEMON. – Mucho es el dinero invertido. No queda nada de la herencia que recibí hace pocos días. Pero obtenido el éxito, que ya es seguro, no sólo

quedaremos riquísimos, sino que destinaremos una fuerte suma al famoso descubrimiento que prepara Don Cupertino, y que ha de asombrar al mundo... ¡Algo superiorísimo al descubrimiento de América!

GREGORIA. – Con todo y eso, no creo que Don Arcángel esté hoy en ánimo de prorrrogas.

FILEMON. – Es que ya no, hay duda. Se oyen dentro de la tierra ruidos cercanos, como golpes metálicos... No quisiera estar sin recursos para cualquier emergencia de última hora.

GREGORIA. – En fin: como yo nada gano con opinar....

(**Entra MARUCHA de la calle, llorando**).

MARUCHA. – Greguita... Greguita...

GREGORIA. – ¿Qué le pasó a mi niña? ... ¿Se cayó?

MARUCHA. – ¡Me echaron del colegio!

GREGORIA. – ¡Ave María! ¿Por qué?

MARUCHA. – Porque dije que Cristóbal Colón y la reina Isabel la Católica vivían ahora en Bogotá.

GREGORIA. – ¿Estás loca?

MARUCHA. – Eso dijo la maestra: que me había vuelto loca. Las niñas me hicieron la burla, y yo les mandé con los libros y el tintero, y escalabré a una... Las demás se echaron encima de mí, a pegarme...

GREGORIA. – ¡Miren cómo la volvieron!

MARUCHA. – Y las monjas me dijeron que no me recibían más sin hablar con papá... y sin que él les pagara lo que les está debiendo.

GREGORIA. – Venga acá le cambio esa ropa... y le limpio la cara.

(**Salen MARUCHA llorando y GREGORIA renegando**).

FILEMON. – (**Busca nerviosamente papel y lápiz y se pone a evocar en una mesita**).

¿Estás conmigo, Jeremías?... Si estás conmigo, firma... ¡Ah, eres tú, Felipín!... Dime: ¿le devuelvo el dinero a Arcángel, cumpliendo así mi compromiso, o lo guardo para un caso imprevisto? ¿No habrá peligro de que se demore todavía más el hallazgo del tesoro? ... ¿No? ... ¿Hoy lo encontraremos? ... ¿A cuánto asciende su valor? ... (**Escribe ceros y más ceros**). ¡Escribe bien, con claridad!...

¿No?... Está bien: aplazo el pago.

(Regresa GREGORIA).

GREGORIA. – Pase lo de Cristóbal Colón y la reina Isabel. Con decir que era una broma, todo se arregla. Pero no sé cómo hará Don Arcángel para pagar los seis meses de colegio que está debiendo. A mí también me debe otros seis meses de sueldo; y lo peor es que ya no resisto más y... le confieso francamente: me voy. ¡Ahora sí!

FILEMON. – Sería mala acción abandonar a Arcángel en estos momentos.

GREGORIA. – ¿Y lo que están haciendo conmigo le parece justo? No sólo se ha vuelto esta casa un manicomio, sino que los tales espíritus me han tomado por su cuenta. Han resuelto mandarme con todo lo que encuentran: Cepillos, cubiertos, agua caliente.

FILEMON. – Para mí, hay alguien que quiere hablarte.

GREGORIA. – Déjese de cuentos.

FILEMON. – Y nada lograras con huir de aquí; porque ese espíritu, una vez establecido el contacto, te perseguirá hasta que logre lo que desea.

GREGORIA. – ¿Y qué es lo que quieren conmigo?... ¡Eh, no embrome!

FILEMON. – No es broma, créeme.

GREGORIA. – Y pase que los espíritus le estén agarrando a uno la ropa y mandándole con lo que encuentran, ¡Pero que se le metan también en la alcoba por la noche.... A un desagradado de esos... hasta vergüenza me da contar... le ha dado por meterse en mi cama en cuanto apago la luz; y no hay forma de sacarlo antes de que amanezca, por más cruces que yo haga.

FILEMON. – ¡Pero eso es inofensivo, tratándose de un desencarnado!

GREGORIA. – No crea. Siente uno como que se asfixia... Y para ofender a Dios lo mismo da... ¡Eso no! ¡Por ningún motivo... ¡No me metí con los de carne y hueso, y voy a faltarle ahora tan sin gracia a Filiberto, que nunca me dio el menor disgusto?

FILEMON. – ¿Cómo sabes si no es tu Filiberto quien te persigue?

GREGORIA. – ¿Mi marido?... ¿Por qué? ¡Uy, santo Dios!

FILEMON. – Los espíritus, al fin y al cabo, se apegan a lo que más amaban en vida terrenal. El que enterró un tesoro por precaución o avaricia, se apega al tesoro... Y esos son los fantasmas que aparecen en mi casa a media noche.

GREGORIA. – Pero... ¿no dice que fue usted mismo el que enterró?

FILEMON. – Según el guía, al reencarnar dejé allá un cuidandero.

GREGORIA. – ¡Estaré para creer eso!

FILEMON. – De igual modo, el que amó a una mujer no la abandona... ¿Te quería mucho tu Filiberto?

GREGORIA. – ¡Eso sí! No es por decir. Trabajo me costaba quitármelo de junto.

FILEMON. – Si te vas huyendo de este lugar, donde es fácil comunicarse con él, Filiberto va a considerar tu actitud como un desaire; quizá hasta como un engaño. Puede volverse celoso, enfurecerse; y es peor... Los espíritus son también susceptibles, y a veces vengativos.

GREGORIA. – ¡Me asusta usted!

FILEMON. – Para mí el que te agarra de la falda, el que te manda con los cepillos, el que derrama las ollas, el que se mete debajo de las sábanas, ¡es él! ¡Y su razón tendrá!

GREGORIA. – ¡Animas benditas! ¿Y eso cómo se sabe?

FILEMON. – ¡Preguntémoselo!

GREGORIA. – No, no...

FILEMON. – Ven. Pon las manos sobre esta mesita, hasta que la movamos.

GREGORIA. – (*Obedeciendo de mala gana, pero muy preocupada*). ¿Así?

FILEMON. – Junta los dos pulgares... y tus índices con los míos.

GREGORIA. – ¿Así?

FILEMON. – Sin apretar mucho.

GREGORIA. – Se mueve... Se mueve...

FILEMON. – Tienes gran poder magnético. Ahora me explico.

GREGORIA. – ¡Uy!

FILEMON. – ¡Si hay alguien presente, que la mesita camine!

(*La mesa avanza entre los dos*).

GREGORIA. – ¡Uy!... ¡Se corrió!

FILEMON. – ¡Si es Filiberto el que está presente, que la mesa se pare en dos patas!

(La mesa se para en dos patas).

GREGORIA. – ¿No la está empujando usted?

FILEMON. – ¡Mira que no!

GREGORIA. – Tengo miedo... Yo suelto...

FILEMON. – ¡A ver, Filiberto! ¿Eres tú quien se mete en el lecho de tu mujer cuando ella apaga la luz?... Si eres tú, vuélvete a parar en dos patas.

(La mesa se para enérgicamente).

GREGORIA. – ¡Filiberto! ¡Filiberto!... ¡Dios me ampare... ¡Perdóname!

FILEMON. – Filiberto: voy a prestarte mi mano para que escribas... ¿Qué es lo que deseas decirle a tu mujer?... (**Escribe**). Mira, mira: ¿es esa la firma de tu Filiberto?

GREGORIA. – ¿Ahí dice Filiberto? ... Yo como no sé leer...

FILEMON. – Oye lo que escribe. ¡Es sorprendente!... ¡Gregoria!

GREGORIA. – ¿Qué?... ¿Qué dice?

FILEMON. – ¡Increíble!

GREGORIA. – ¿Qué?... ¿Qué?

FILEMON. – ¡Que a pesar de tu edad, tendrás un hijo!

GREGORIA. – ¿Yo? ... (**Aterrada**). ¡Eso es calumnia!

FILEMON. – Se empeña en repetirlo... ¡Mira cómo afirma con el lápiz!

GREGORIA. – ¿Y cómo lo sabe?

FILEMON. – No sé; pero insiste... ¡Un hijo!... ¡Un hijo!

GREGORIA. – Yo me voy...

FILEMON. – Pero... ¡Sería extraordinario!... ¡Quizá el anticristo!... Explícate, Filiberto. Entonces tú, un desencarnado. Un simple espíritu...

GREGORIA. – Suelte ese lápiz, por favor. ¡No más!

FILEMON. – ¡Pero esto es maravilloso!

GREGORIA. – Deje eso más bien... No soy tan boba para creer.

FILEMON. – Afirma que... que le ayudaron.

GREGORIA. – Pero... (*Aún más desconcertada*). ¡Ahora sí me voy!... (**Se levanta**).

FILEMON. – (*Al ESPÍRITU*). Explica bien. ¿Cómo?... Fue ayuda extraterrenal, milagrosa... o realmente terrenal?

GREGORIA. – ¡Déme acá ese lápiz! (**Se lo arrebata**).

FILEMON. – Deja que nos explique.

GREGORIA. – ¡Que se vaya al diablo, si no es el mismo diablo el de la gracia! (*Rompe el papel*). De mí no se burlan.

(**Entra JOSÉ**).

JOSÉ. – Buenas tardes... (*Mirando al vacío*). para todos, todos los aquí presentes. .

GREGORIA. – (*Da un grito*). ¡Don José!

JOSÉ. – ¿Qué sucede?

GREGORIA. – ¡Dígale que me deje en paz!

JOSÉ. – No entiendo... ¿Te está faltando al respeto don Filemón? ...

GREGORIA. – No, no; pero...

FILEMON. – Llamemos al marido y se ha puesto nerviosa.

JOSÉ. – (*Muy preocupado esta vez*). ¿Cometió él alguna infidencia? ...

GREGORIA. – (*Llorando*). ¡Eso no es cierto!... ¡Eso no es cierto!

JOSÉ. – ¿Pero qué?... (*A LOS INVISIBLES*). ¿Qué sucedió muchachos, que todos están petrificados?

FILEMON. – Ella le explicará.

JOSÉ. – En todo caso, me citó usted, y aquí estoy.

FILEMON. – Sí. Cité a los principales miembros del centro, porque creo que

estamos al borde de un gran hallazgo.

JOSÉ. – ¿El tesoro ya?

FILEMON. – Nada tendría de raro que, mientras ando por acá, lo hayan encontrado. Mientras llegan los demás, voy a darles una vuelta a los trabajos del túnel... Si llega Arcángel, que me espere. Cuestión de minutos.

(Sale FILEMON).

GREGORIA. – ¡Ay, Don José! ¡Ay, Don José de mi vida!... ¡Quien iba a sospechar lo que ha dicho el espíritu!... ¡Ni yo misma!

JOSÉ. – ¿Qué?

GREGOIA. – ¡Que nos viene un niño... y usted va a ser padre!

JOSÉ. – ¡Al fin!... (**A LOS ESPÍRITUS**). ¿Lo oyen, muchachos?... La fe mueve montañas... Solo falta saber ahora quien de ustedes será el elegido para tan noble destino.

GREGORIA. – ¡Yo quiero salir de esta casa antes de que sospechen nada... Antes de que a esos espíritus tan chismosos les dé por decir también a voz en cuello quien es el papá!

JOSÉ. – Toma las llaves de mi refugio... Es muy humilde...

GREGORIA. – Estoy acostumbrada a las incomodidades.

JOSÉ. – En todo caso, lo que no haya allí en forma corpórea, nos lo dará el mundo ultraterreno. Haremos de nuestro humilde rincón un palacio encantado, interplanetario, interestelar...

GREGORIA. – Eso que!.. ¡Se va a aburrir pronto! ¡Y después el trabajo que me va a costar colocarme con niño en otra casa!

JOSÉ. – Juro que quemaré a tu lado los años de vida que me resten... (**Hacia el vacío**). Déjanos tranquilos, Filiberto. Tú quedas ya al margen. Ahora queremos estar solos, con nuestras propias emociones.

GREGORIA. – ¿Está ahí Filiberto?

JOSÉ. – Empeñado en acompañarnos: pero ¿qué remedio?... No quiero ya triángulo francés, aunque el tercero en discordia viva en la estratosfera.

GREGORIA. – ¿Es cierto que él te mandaba a perseguirme?

JOSÉ. – Si. Se metía dentro de mí, para que yo le sirviera de instrumento vil. ¡Pero no más! ¡Ahora, que purgue su capricho! ¡Que nos deje solos, con nuestro

hijo!

GREGORIA. – ¡Tengo miedo!... ¡Tengo miedo.... No sé si irme, si quedarme, si desaparecer... Váyase usted más bien de aquí... ¡Siento como si la cabeza me fuera a estallar! ¡Virgen del Socorro!... ¡Cristo de Limpias!

JOSE. – ¡Cálmate, cálmate, que ahí viene Arcángel!

GREGORIA. – ¿Por qué he caído yo en este enredo?... ¡Ay, madrecita mía! (*llora*).

JOSÉ. – Ven para acá conmigo.

GREGORIA. – Con usted no voy más... (**Se resiste**).

JOSE – Ven te digo. Necesitas un calmante... (*A los espíritus*). ¡Ella y yo nada más, he dicho!

(*Sale JOSE hacia el interior de la casa, llevando casi en rastra a GREGORIA*).

(*De la calle llegan ARCANGEL y ANGÉLICA*).

ARCANGEL. – ¿Al fin resolviste venir?

ANGÉLICA. – Sí.

ARCANGEL. – ¿Por qué me has estado huyendo?

ANGÉLICA. – Yo misma no sé.

ARCANGEL. – (*Yendo a besarla*). ¡Mi amor!

ANGÉLICA. – No.

ARCANGEL. – No entiendo tu esquives,

ANGÉLICA. – -Pronto vas a entenderla.

ARCANGEL. – (*Desconcertado*). Siéntate... Los demás vendrán pronto.

ANGÉLICA. – No es necesario.

ARCANGEL. – ¿Cómo?

ANGÉLICA. – He venido tan sólo... a decirte adiós.

ARCANGEL. – ¿A decirme adiós?

ANGÉLICA. – Sí... No volveremos a vernos.

ARCANGEL. – (Sacudido). ¿Te he ofendido en algo?

ANGÉLICA. – En nada.

ARCANGEL. – ¿Entonces?

ANGÉLICA. – ¿No sería mejor que no habláramos más?.... Ya sabes cuál es mi propósito. ¿Para qué entrar en explicaciones? ... Ahora déjame ir.

ARCANGEL. – Te irás, si eso deseas. ¿Cómo impedirlo?... Pero creo justo que me des una razón, cualquiera que ella sea.

ANGÉLICA. – No me obligues a eso.

ARCANGEL. – Bien sé que en la vida todo tiene un término, y que es inútil oponerse a esa fatalidad. No vale la pena prolongar nada insincero ni forzoso... Pero es absurdo que entre los dos, aun en el momento de separarnos, pueda haber sombras.

ANGÉLICA. – ¡Qué ingenuo eres! ¡Sombras es lo que hay!... ¡Sombras! ¡Estoy hastiada de esas sombras! ¿Quieres mayor franqueza?

ARCANGEL. – Me desconciertas. No parece que fueras tú quien habla.

ANGÉLICA. – Esta vez sí soy yo, desde lo más profundo que haya en mí. En estos momentos, Arcángel, si quieres claridad, te diré que soy una gran desilusionada; y que siento ansia de vivir mi verdadera vida, de tener un verdadero aliciente.

ARCANGEL. – ¿Eres tú quien habla así? ¿Después de haber dicho tantas veces, temblando entre mis brazos, que nuestro amor era algo excepcional?

ANGÉLICA. – (Sonriendo). Puede haber sido excepcional... pero sin objeto.

ARCANGEL. – ¿Sin objeto?

ANGÉLICA. – Ya sé en lo que piensas: ¡en tu hijo! ¡Un hijo a través del cual sólo persigues afectos extraños!... ¿Quieres más claridad?... ¡Afectos que, por eso mismo, por ser extraños, he comenzado a odiar!

ARCANGEL. – Te desconozco.

ANGÉLICA. – Yo también acabé por desconocerme, por preguntarme a dónde iba esta locura.

ARCANGEL. – Creía que estábamos muy identificados.

ANGÉLICA. – Era apariencia. El amor ciega a veces; y no niego que te lo he

tenido. Tanto, que por ti me estaba imponiendo el más inútil de los sacrificios... ¿Te sorprende?... ¡Pero Arcángel! ¿Crees que tienes veinte años todavía?

ARCANGEL. – Bien sé que no. Pero la vida no se mide por el tiempo, sino por la energía, por el entusiasmo, por la emoción, por la fe.

ANGÉLICA. – Hay leyes fatales contra las que es inútil todo optimismo. Te sientes joven, pero no lo eres. Y lo único que has logrado con tu obsesión es encenderla en mí con mayor fuerza y angustia. ¡Ahora soy yo quien con más ansia quiere un hijo! ¡Un hijo que nazca de manera sencilla, sin complicaciones enfermizas!

ARCANGEL. – Comprendo. Nuestro amor era demasiado poema para ti. Te atrae lo común y corriente, como al resto de la humanidad.

ANGÉLICA. – Tienes razón. Lo común y corriente. ¡Una juventud para mi juventud, que tú estás agotando de manera cruel y egoísta! Días de sol que borren el recuerdo de esta penumbra malsana.

ARCANGEL. – (**Perspicaz**). En definitiva... quieres a alguien... Te has enamorado. Eso es todo.

ANGÉLICA. – Quizá.

ARCANGEL. – Habías podido comenzar por ahí y evitar tanto rodeo. Todo cabe dentro de una sola palabra, muy femenina: volubilidad.

ANGÉLICA. – Puede que tengas razón.

ARCANGEL. – Ante eso, ¿qué puedo objetar?... Me limito a desear que seas feliz... y aceptar mi soledad.

(**Entra MARUCHA**).

MARUCHA. – (**Llorando**). Papá... Papá...

ARCANGEL. – ¿Tú llorando?... ¿Por qué?

ANGÉLICA. – ¿Y eres tú, Arcángel, quien habla de soledad?... Mira la respuesta que te da la vida.

MARUCHA. – Tienes que venir conmigo al colegio, papá.

ARCANGEL. – Cometiste nuevas imprudencias.

MARUCHA. – No, pero... no me reciben si tu no vienes, y no quiero que me echen de allá.

ARCÁNGEL. – No te echarán... Te lo prometo.

ANGÉLICA. – Ve con ella.

ARCANGEL. – ¿Me esperas un momento?

ANGELICA. – ¿Para qué?... Sigamos cada uno nuestro camino. ¿Qué mejor despedida?

ARCANGEL. – Quizás tengas razón.

(*Entra CHELO muy emocionado*).

CHELO. – Don Arcángel: necesito hablar con usted.

MARUCHA. – Vamos, papa.

ARCANGEL. – Dime siquiera de qué se trata.

MARUCHA. – Allá fuera te explico.

ARCANGEL. – Empiezo a sospechar; y temo que el asunto va estar difícil por ahora... Pero vamos, si es tanta la urgencia... (A **CHELO**). ¿Quiere usted esperarme un momento?... Le dejo en buena compañía.

(*Salen ARCANGEL y MARUCHA*).

ANGÉLICA. – Te rogué que no vinieras,

CHILLO. – No pude dominarme. Los celos son más fuertes que mi voluntad.

ANGÉLICA. – ¿Celos por qué?

CHELO. – ¿Acaso ese hombre no ha sido tu amante?

ANGÉLICA. – ¿Acaso no te lo confesé?

CHELO. – ¿Para qué verlo más, entonces?

ANGÉLICA. – Tenía que explicar mi ausencia, y romper con él de una vez por todas. ¿No hemos resuelto que todo ha de ser verdad entre nosotros?

CHELO. – ¿Le hablaste de mí?

ANGÉLICA. – No. Ni siquiera sospecha que seas tú la causa de esta separación. Pero le dejé comprender que quería a otro hombre.

CHELO. – ¿Cómo reaccionó?

ANGÉLICA. – Muy noblemente. Ahora soy libre...

CHELO. – Vámonos, pues. Quiero borrar este ambiente. Necesito una vida nueva.

ANGÉLICA. – Iremos a donde tú quieras. Pero antes, para que podamos vivir tranquilos, tienes que hacer lo, mismo que yo.

CHELO. – ¿Qué?

ANGÉLICA. – Sincerarte con tu mujer

CHELO. – ¿Para qué esa complicación?

ANGÉLICA. – No quiero sentirme usurpadora. Bien sabes que nada hice para atraerte. Es necesario que ella lo sepa.

CHELO. – No lo entendería. Es una mujer superficial, sin espíritu de sacrificio. Cree más bien que los demás nacieron para sacrificarse por ella.

ANGÉLICA. – ¿Y si llega a ser madre?... Eso es lo que realmente me cohíbe.

CHELO. – Tranquilízate... Ya no lo será.

ANGÉLICA. – ¿No? ...

CHELO. – Ahí está precisamente la razón del desprecio que ahora siento por ella. ¡Se negó a tener hijos! ¡Sabiendo que yo los esperaba con tanta ilusión!

ANGÉLICA. – ¡Yo te los daré! ¡Con cuerpo y alma! ¡No puedo evitarlo! ¡Soy tuya!

CHELO. – ¡Y yo tuyo hasta más allá de la muerte!

(**Entran ARCANGEL y NUBIA**).

NUBIA. – ¡Mírelos! ¿Tenía yo razón en decirle que viniéramos? ¿Lo ve usted?

CHELO. – Nubia: ¿a qué vienes aquí? ¿No te dije que me esperaras en el cementerio?

NUBIA. – ¿Con que pretendías tenerme visitando suicidas y llevándoles galletas a tus muertos, para irte tú con los vivos y venir a buscarla?... ¡Quédate con tus galletas! (**Se las tira a la cara**). ¡Ahora me dedicaré a cobrarte esta canallada hasta que te levantes tú también la tapa de los sesos!

CHELO. – Oye la verdad.

NUBIA. – No quiero oírla. Ya lo sé. No me toques. No te acerques. Por fortuna no soy tu mujer; porque has de saber que me he casado ya todas las veces que me ha dado la gana. Y me alegro de no llevar ya tu sangre dentro de mí, porque me sentiría manchada con lo más innoble. Si lo que me parece es que los hijos que

ibas a darme se suicidaron por asco de nacer, (**la voz se le ahoga en asfixia y llanto**).

ARCANGEL. – (A **ANGÉLICA**). ¿Era esa, pues, la verdad completa?

ANGÉLICA. – Sí.

ARCANGEL. – ¡Una pasión vulgar y cobarde!

ANGÉLICA. – La pasión vulgar y cobarde era la tuya. Quítate la máscara complicada que te has puesto y se verá lo que eres: un hombre cínico y sin conciencia.

ARCANGEL. – ¡Merecerías que te aplastaran como a un bicho venenoso!

NUBIA. – ¡Mátela, sí. Mátela!

ANGÉLICA. – ¡No me asustan!

CHELO. – ¡Cuidado con tocarla, Arcángel!

NUBIA. – ¡Y la defiendes! Vas a ver que si él no la mata, la mato yo. Es lo que ella se merece.

ANGÉLICA. – (A **NUBIA**, **enfrentándola**). ¡Usted tampoco me asusta!

NUBIA. – (Ecarándose). ¡Ni usted a mí, perversa!

ANGÉLICA. – Puede golpearme si quiere. No me defenderé. Puede matarme. Dos suicidios, y otro asesinato fuera del de sus hijos, aumentarán su cartel de mujer exótica. Pero no será esa la manera de recuperarlo. Porque lo quiero como usted en su engaño, vanidad y superficialidad no ha sido capaz de quererlo. ¡Porque estoy ansiosa de darle los hijos que usted le negó!

NUBIA. – ¡Perdida!

ANGÉLICA. – Tampoco responderé a sus insultos. Por el hecho de que usted me insulte, él no dejará de ser mío. Al contrario. No me lo quitará nadie. Ni la muerte. Porque si muero lo perseguiré, y si él muere lo seguiré. Quise dejárselo a usted; pero ahora me arrepiento. Mátame si es capaz. Será lo mejor.

NUBIA. – (Da un grito y cae desmayada en brazos de **ARCÁNGEL**).

ANGÉLICA. – (Da otro grito histérico y cae desmayada en brazos de **CHELO**).

(Entran **GREGORIA** y **JOSE** asustados).

GREGORIA. – ¡Pero es el colmo! ¡Trabajando también de día en estas cosas infernales!

ARCANGEL. – ¡Ayúdame, José!

JOSÉ. – (*Iluminado, refiriéndose a NUBIA*). ¿También ella resultó mediumínica?... ¡Qué gran adquisición para el centro!

ARCANGEL. – Recuerde usted lo que dijo alguna vez Jeremías: que había espíritus malignos empeñados en que mi mujer no reencarnara.

JOSÉ. – ¡Cómo no! Y que Herodes andaba rondando, para perseguir con saña a toda persona que fuese a tener un hijo cerca de nosotros.

ARCANGEL. – Sí. Que la mataría o la enloquecería... Y a Nubia le está fallando el pulso.

CHELO. – (*Aterrado*). ¡A Angélica también!

GREGORIA. – (*Descontrolada, corriendo sin encontrar salida*). Déjenme ir... Déjenme ir... Yo no quiero morirme aquí... ni volverme loca... y siento que me estoy volviendo loca... Déjeme usted, Don José... Déjeme usted... (*Da vueltas al rededor de JOSE y se le desmaya en los brazos*).

(*Entra HORTENSIA*).

HORTENSIA. – ¡Tres mujeres dormidas a la vez!... ¡Veo que he llegado tarde.... ¿Por qué no me avisó, Don Arcángel, que iban a hacer este maravilloso experimento?

CHELO. – (*A ARCANGEL*). ¿Le reacciona el pulso?

ARCANGEL. – (*A CHELO*). Un poco.

CHELO. – ¡A Angélica también!

HORTENSIA. – ¿Cuál de ellas tiene dentro a Jeremías, que es mi favorito?

NUBIA. – (*Da un grito*).

HORTENSIA. – (*A NUBIA*). ¡Jeremías, Óyeme!... ¿Logaré al fin mi propósito?... ¿Cumpliré mi nueva misión en la tierra?

ARCANGEL. – (*A HORTENSIA*). ¡Déjela usted en paz!

NUBIA. – (*Aun desmayada*). ¡Vete, maldita!

ARCANGEL. – (*A CHELO*). No reacciona.... ¿Qué hacemos?

CHELO. – Acostémoslas en los divanes del estudio.

ARCANGEL. – Sí... Llévese usted a su mujer.

CHELO. – No... Yo no me separo de Angélica... Además, ya está visto que esa no es mi mujer.

ARCANGEL. – Cargaré yo con ella entonces, pues.

(*Salen ARCANGEL y CHELO, cada uno con su carga*).

JOSE. – (*Sacudiendo a GREGORIA*). ¡Gregoria! ¡Gregoria!

GREGORIA. – (*Despertando y mirándolo aterrada*). No... No más... Déjeme usted. . , En el nombre del padre... y del hijo... y del espíritu santo... (*Corre hacia el interior de la casa*).

JOSÉ. – (*A LOS ESPÍRITUS*). ¡Muchachos: todos conmigo....

(*Salen GREGORIA huyendo y JOSE persiguiéndola*).

HORTENSIA. – .Esto parece una incursión de espíritus diabólicos... Mejor será sacarles el cuerpo.

(*HORTENSIA va a salir, pero tropieza con CUPERTINO que llega*).

HORTENSIA. – ¡Oh, Almirante! ¡Qué placer!

CUPERTINO. – ¿No ha llegado Filemón?

HORTENSIA. – No le he visto.

CUPERTINO. – Bien. Será esperarlo, (*Se sienta a una mesa, abre un rollo de papeles y se engolfa en el estudio*).

HORTENSA. – ¿Puedo ayudarle, almirante?

CUPERTINO. – Señorita: le he suplicado que me llame por mi nombre.

HORTENSIA. – Gracias, Cristóbal.

CUPERTINO. – Por mi nombre actual: Cupertino a secas, si usted prefiere.

HORTENSIA. – ¿Duda usted de haber sido almirante y virrey de las Indias?

CUPERTINO. – Quizá no. Después de lo que he descubierto ahora, no cabe duda. Soy en realidad un descubridor temperamental. Pero si esto trasciende al público antes de tiempo, podríamos ponernos en, ridículo, y se perjudicarían las gestiones que me propongo adelantar para el nuevo hallazgo.

HORTENSIA.. – ¿Otro descubrimiento?... ¿Queda entonces en la tierra algo por

descubrir?... ¡Qué maravilla!... ¡Como cosa suya!

CUPERTINO. – Aquí no hay nada ya. Y si lo hubiere, no valdría la pena incomodarse. La humanidad, tal como anda, no tiene remedio. ¡Está en pésimas manos.... ¡Mi misión no es ya de este planeta, a Dios gracias!

HORTENSIA. – Cuénteme, por favor. Me muero de la curiosidad. Déjeme aumentar la admiración que ya le tengo.

CUPERTINO. – Dígame usted: ¿qué movió las carabelas de Colón? ... ¡El viento!... Por algo dicen las gentes "viento en popa". Pero hay algo más poderoso, muchísimo más poderoso que el viento, el vapor y la electricidad.

HORTENSIA. – ¿La dinamita?

CUPERTINO. – ¡La luz!... La luz, que anda a trescientos mil kilómetros por segundo.

HORTENSIA. – ¿Tanto así?

CUPERTINO. – Lo que sucede es que a nosotros nos llega de frente, y nos da contra el suelo. Pero supóngase usted que hallamos la manera de evitar el choque y nos enganchamos a ella como un vehículo a sus caballos. Pues lo natural es que nos lleve en rastra.... El secreto consiste..., y lo tengo ya resuelto..., en lograr meternos en la corriente, rumbo al infinito. ¿Comprende usted?

HORTENSIA. – ¡Me deja usted alelada! ¡Sólo un genio como el suyo puede explicar una cosa tan grande en pocas palabras!

CUPERTINO. – Gracias.

HORTENSIA. – ¿Qué espera entonces?

CUPERTINO. – Por lo pronto, el dinero necesario para ir a un gran país, y hacerme oír allá.

HORTENSIA. – Yo le doy el tiquete..., y los gastos de hotel....

CUPERTINO. – No es solo cuestión de pasajes y hoteles, sino de mucho dinero para comprar votos y cambiar pareceres. En este sentido, Filemón sera mi empresario. En cuanto encuentre el tesoro que anda buscando, nos pondremos en marcha.

HORTENSIA. – ¡Ay, los envidio!

CUPERTINO. – Iremos primero a Washington. Quiero darle ante todo esa oportunidad al panamericanismo, aunque lo creo muy vago. Si allá no me oyen, iremos a Inglaterra. No entra en mis principios entenderme con monarquías; pero esta no es cuestión de gusto personal. Si los ingleses no entienden, peor para

ellos. Seguiré para Moscú, y el Universo entonces será comunista. ¡Qué remedio!

HORTENSIA. – y cuando lo oigan, que estoy seguro de que han de oírlo, ¿a dónde irá?

CUPERTINO. – ¡A la conquista del espacio estelar!

HORTENSIA. – ¡Qué tentador! Almirante: a mí me corresponde ahí un puesto al lado suyo.

CUPERTINO. – (**Con esquivez sexual**). No es posible.

HORTENSIA.. – ¿Por qué no? Yo pagaría todos mis gastos... ¡Y los suyos también!

CUPERTINO. – No habrá mujeres a bordo.

HORTENSIA. – Haga usted conmigo una excepción... Recuerde mi sacrificio de otros días... Ahora también le ofrezco mis joyas... y mis casas... y mis acciones de textiles y siderúrgicas... Dejaremos aquí tan solo una rentita, para caso de regreso en malas condiciones... Almirante: ¡Hace cinco siglos que te adoro con toda mi alma!

CUPERTINO. – Inútil, Doña Isabel. Déjeme usted en paz. Se lo ruego.

HORTENSIA. – (**Agarrándolo**). No. No te dejaré. Irás conmigo o no irás. Si no me quieres, me convertiré en un obstáculo invencible... Quemaré esos papeles... (**Trata de arrebatarlos**).

CUPERTINO. – (**Defendiendo sus documentos**). ¡Quite usted de ahí, vieja loca!

HORTENSIA. – (**Vencida y adolorida**). ¡Era lo que me faltaba! ¡Loca por haberle ayudado a descubrir América.... Pues ahora le diré a todo el mundo que el loco es usted; que se está creyendo la reencarnación de Colón y de Keops.

CUPERTINO. – Como llegue usted a cometer una indiscreción, (**amenazante**). ¡Vive Dios!... No sólo la expulsamos del centro, sino que...

HORTENSIA. – ¡O me llevas o te hundo! ¡Cristóbal!... ¡Cristóbal!... ¡No quisiera adorarte tanto, Cristóbal mío! (**Se le desgonza en los brazos gimiendo**).

(**Entra ARCANGEL**).

ARCANGEL. – ¿Otro desmayo?

HORTENSIA. – ¡Me muero!... ¡Me muero!

CUPERTINO. – ¡Mi sino! ¡Mi sino maldito!... Cada vez que tengo alguna idea trascendental en la cabeza —Porque he tenido muchas, aunque me sea mal el decirlo— se me atraviesa una mujer de estas y lo echa todo a tierra.

ARCANGEL. – ¡Tengamos juicio, Hortensia! Ya no es usted una chiquilla.

HORTENSIA. – (Convulsionada). ¡Conmigo o con nadie! Bésame, Cristóbal, bésame.

ARCANGEL. – ¡Bésala, hombre! ¡Antes de que se enerven más las otras y esto acabe por estallar!

HORTENSIA. – ¡Llévame, contigo... a donde sea!

ARCANGEL. – Llévatela, aunque sea a vender manzanilla.

CUPERTINO. – Si esta vez cedo, será la ruina de mí experimento.

ARCANGEL. – Mejor es que no cambies lo cierto por lo dudoso,

CUPERTINO. – (Cediendo algo, ya en varón). ¡Cálmate, Isabel!

HORTENSIA. – ¡Vamos, Cristóbal... Vamos!

ARCANGEL. – ¡Sí, a ensanchar el establecimiento! ¿Qué más quieres, hombre de Dios?

(Salen HORTENSIA Y CUPERTINO).

ARCANGEL. – ¿Estaremos en verdad todos locos?

(Entra CHELO).

CHELO. – No reaccionan.

ARCANGEL. – Es posible que sí.

CHELO. – Pero tienen los ojos cerrados.

ARCANGEL. – Ambas están miedosas de que siga el conflicto y prefieren la tregua.. La una ofreció matar y la otra morir, y los dos compromisos son graves.

CHELO. – ¿Qué hacemos entonces?

ARCANGEL. – Lo mejor por lo pronto sería que usted se fuera,

CHELO. – Salgamos juntos.

ARCANGEL. – Muy buena idea. Entre otras cosas, recuerdo que la niña me está esperando en la casa de enfrente, para que le resuelva unos problemas. Volvamos, pues, a nuestras viejas preocupaciones: yo a mi hija y usted a sus galletas.

CHELO. – ¿No será peligroso dejarlas solas?

ARCÁNGEL. – Es más bien conveniente. La presencia de un hombre en pleitos de mujeres resulta peor que un espíritu burlón.

(*Entra FILEMON*).

FILEMON. – ¡Al fin te encuentro!

ARCANGEL. – Lo mismo diré. Andaba yo en tu busca.

FILEMON. – Y yo en la tuya.

ARCANGEL. – Si traes ese dinero, caes como llovido del cielo.

FILEMON. – (*Descorazonado*). Aquí lo tienes... Pensé rogarle que esperaras uno o dos días más; pero ya no es necesario.

ARCANGEL. – Traes mala cara... ¿Se derrumbó el túnel?

FILEMON. – Algo peor... Salimos al otro lado: al solar de una casa vecina... En vez de tesoro he encontrado un pleito.

(*Entra MARUCHA*).

MARUCHA. – Papá: Estoy cansada de esperarte.

ARCANGEL. – Vamos ahora sí. Aguardaba tan sólo a Filemón, para no llegar con las manos vacías... Mil gracias en todo caso, Filemón... y ya sabes: cuando vuelvas a verte en apuros, estoy a tus órdenes.

FILEMON. – (*Anonadado*). Gracias, gracias.

(*Entra GREGORIA*).

GREGORIA. – (*Abrazando a MARUCHA*). ¡Mi niñita! ¡Mi tesoro!... Hágalo por ella, Don Arcángel. Vuelva a la cordura... ¡Sé lo que le digo!

ARCANGEL. – Y llegas en momento oportuno.

GREGORIA. – Si; porque me encerré con llave a pedirle a mi Dios que nos protegiera en este trance, y le aseguro que me oyó... No me habló con palabras, pero sí al corazón... Me aseguró que todo era mentira diabólica, como siempre le he dicho: que no había tales tesoros, ni buenos consejos, ni niños por nacer... Y que me iba a ayudar para hacerlo entrar a usted en razón,

FILEMON. – Estamos de acuerdo. ¡Los espíritus son una farsa!

ARCANGEL. – Quizá no... Es posible que existan, y que nos sigan, y que a veces nos ayuden a llevar la carga. Pero es mejor no hablar con ellos, sino llamarlos tan sólo con el pensamiento, como esta buena mujer lo ha hecho... Elevando el alma, vendrán los más nobles en nuestra ayuda. Rebajándola, seremos juguetes de los mal intencionados... ¿No es eso lo que llaman orar, y también caer en tentación? Pensemos en esto, sobre todos nuestros conflictos y desilusiones, (**se acerca a acariciar a su HIJA**).

(**Entra JOSÉ**).

JOSÉ. – ¡Protesto! ¡Protesto!... Eso es como negar la luz... (A los espíritus). ¡Protestemos todos.... ¡Eso es un ultraje a la dignidad del más allá!

GREGORIA. – La que protesta soy yo, de que usted quiera enredar más el ovillo. Y lo único que le pido a Don Arcángel, aun cuando no me pague lo que me debe, es que saque a este hombre de aquí.

JOSÉ. – (A LOS ESPÍRITUS). ¿Lo ven?... Así paga el diablo a quien bien le sirve.

GREGORIA. – El diablo será el que anda usted metiéndose en los bolsillos para disimular sus malas intenciones... Y le juro que si no sale usted de aquí con la señal de la cruz, saldrá cuando a mi se me suelte la lengua... Que bastantes ganas tengo ya de hablar claro...

JOSÉ. – Está bien... Está bien... No hay para qué tomar las cosas tan a lo trágico... Ven acá, Felipín... (Toma de la mano al juguetón invisible). , Nos vamos esta vez del todo... Hacia sitios más compresivos y hospitalarios...

(*Todos tratan de ver a FELIPÍN, que sale de la mano de JOSE, mientras cae el telón*).

TELÓN